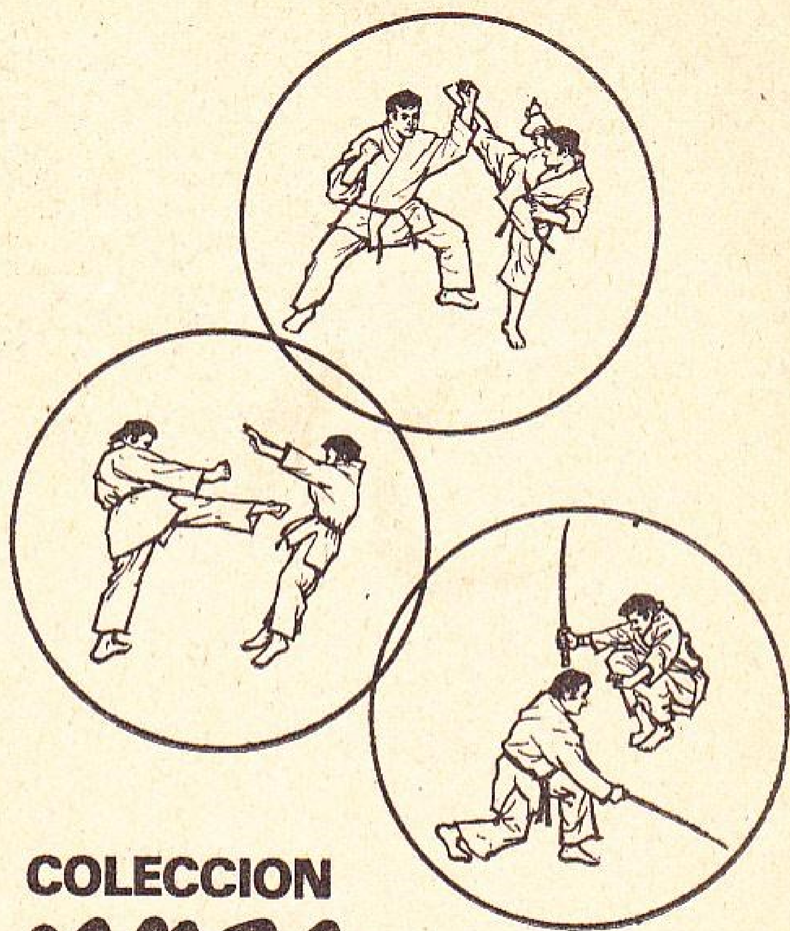


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

EL BRILLO DE LAS NAVAJAS



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

(M. P. SAVAGE-19)

Colección ¡KIAI! n.° 71
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS —MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

66 — *Sonata de amor y muerte.* Clark Carrados
67 — *¡Mójame, que me quemo!* Ralph Barby
68 — *Ajedrez de terror.* Curtis Garland
69 — *La sociedad de la muerte.* Clark Carrados
70 — *Rosan negras para morir.* Curtis Garland

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 10.015 — 1978
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: mayo, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDOKAN»

Concedidos derechos exclusivos a lavo; de EDITORIAL BRUGUERA, S. A Mar* la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152,
Km 21,650) Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

El taxista era negro. Quizá se había colado algún blanco en su árbol genealógico y su piel no resultaba tan intensamente negra, su nariz tan chata ni los labios tan grandes en una boca amplia; pero era negro, de los que podían presumir de serlo si se afiliaban al Black Power.

De cuando en cuando, lanzaba miradas al retrovisor interior mientras se adentraban por las sórdidas calles del West Side de Manhattan. Era muy tarde, de madrugada ya. Los cines hacía una o dos horas que habían cerrado y nadie andaba a pie por las aceras o el asfalto y los coches que circulaban lo hacían aprisa, barriendo con sus faros calles y avenidas, dispuestos a no detenerse por nada. Se saltaban, incluso, semáforos en

rojo, pues nadie ignoraba que en los puntos de señalización solían aguardar salteadores nocturnos y, en cuanto paraba un coche, atendiendo al rojo, se acercaba más de un individuo pistola en mano.

Los más cívicos, detenían el auto y mantenían el pie listo sobre el acelerador, a punto de soltar el freno de sus coches automáticos, las ventanillas bien cerradas y las puertas también, de forma que no se pudieran abrir desde el exterior.

Bastaba ver que alguna sombra se acercaba al auto para salir rodando a todo gas, y no había para menos, pese a los patrulleros policiales que se paseaban durante toda la noche por la megápolis tratando de proteger a los ciudadanos de Nueva York, de los salteadores. Y parecía rocambolesco que allí existieran, pues según se contaba y de ello se ufanaban sus políticos, cineastas y periodistas, era la nación más poderosa del mundo, la nación donde se consumía el cincuenta por ciento de los bienes de consumo que se fabricaban en todo el planeta.

Nueva York, más que ninguna otra ciudad, pese a que Los Ángeles le ganaba en parque automovilístico, era la representación por excelencia del gran imperio yanqui; sin embargo, allí estaba incrustada la miseria, el robo, el asesinato, la prostitución controlada y no por las propias obreras del sexo, sino por quienes las manejaban, utilizaban y explotaban.

Todo el mundo del crimen bajo y del crimen de camisa de seda y gemelos de diamantes se hallaba en el gran Nueva York, incrustado como un cáncer diabólico, un tumor maligno que no permanecía quieto sino que semejaba rugir en su interior mientras se extendía y agrandaba.

Los ciudadanos que deseaban vivir en paz, fuera ya de las horas laborales, tenían que irse a vivir cada vez más lejos de la gran megápolis y luego, cada día, debían hacer millas y millas de ida y vuelta del trabajo a su hogar. Trenes elevados, *undergrounds,* autobuses, coches particulares... ¿Cuánto tiempo pasaba un neoyorkino diariamente dentro de un vehículo, desplazándose de un lugar a otro? ¿Cuántos seres se quedaban dormidos mientras viajaban y un hililllo de baba se deslizaba por las comisuras de sus labios, al tiempo que alguien se encargaba de aligerarle del peso de su cartera, del reloj o cualquiera otra cosa susceptible de comprarse o venderse?

¿Cuántos accidentes de automóvil por culpa de tanto viaje en aquella forma de vivir absurda, por la manía de hacinarse como ratas hasta formar tal cúmulo de seres vivientes que terminaban a mordiscos unos contra otros, presas del nerviosismo y de la patética competitividad por la caza de un buen puesto laboral?

El taxista de color no era ningún novato en la noche neoyorkina. Había sido asaltado tres veces y llevaba pistola consigo. La había usado en una ocasión, metiéndole un balazo en el estómago a un tipo que formaba grupo con otros y que, además de robarle, habían hablado de

castrarle y una cosa era que le quitaran unos dólares y otra muy distinta que…

El delincuente no había muerto, en el hospital le salvaron. Era blanco y la pena fue inferior a la que hubiera podido corresponder a un ciudadano de segunda categoría, es decir, a un americano de color, ya que parecía que la declaración de independencia que comenzaba diciendo: “Nosotros el pueblo…” sólo era válida para los blancos. No en vano aquella constitución había sido redactada en momentos en los cuales el mismísimo George Washington tenía esclavos, como la cosa más natural del mundo. Habría de transcurrir un siglo antes de que Abraham Lincoln estableciera que los demás, es decir, los hombres de color, también eran el pueblo, aunque para los pieles rojas todavía no rezó aquella frase.

—Oiga —vaciló el chófer, sin soltar la pella de chicle que mascaba en forma monótona—. ¿Va armado?

—No. ¿Se tranquiliza?

—Pues, la verdad, sí. Uno, en las noches de Manhattan, las pasa muy putas.

—Sí; todas las grandes ciudades son peligrosas por la noche.

— ¡Uf!, dígamelo a mí, que hago el taxi todas las noches. ¿Sabía que muchos blancos no quieren hacer el taxi por la noche y que a los negros nos dan preferentemente el servicio nocturno para que nos chinchemos?

—Lo imagino —respondió escueto Moses Pacific Savage, arrellanado en el asiento posterior.

Vestía *blue-jeans* y un jersey negro de cuello alto. Sus cabellos lacios y bastante largos, de color azabache, ocultaban su frente y caían sobre el cuello del jersey, ocultándolo.

—Es que dicen que la mayoría de los “chorizos” que pululan por la noche son negros y que a los negros, por eso del compañerismo, no nos asaltan, maldita sea; pero no lo crea, hay mucho “chorizo” de todas las razas; *teddies,* portorriqueños y negros, claro que sí, pero ¿por qué cargársela siempre a los negros?

—No lo sé.

—En Washington es otra cosa, allá sí que la noche se vuelve negra. Los blancos se han largado de todos los apartamentos del centro de la ciudad y los turistas que cometen la estupidez de tomar un hotel céntrico, si asoman la nariz a la calle, después de las nueve de la noche, con mucha suerte regresan al hotel en calzoncillos. Dicen que en Washington tienen el nivel más alto de criminalidad.

—Sí, eso he leído yo también.

El taxista pisó el freno. Sin bajar el cristal de la ventanilla le indicó a M. P. Savage:

—La calle que busca es esa de ahí y yo me quedo aquí.

— ¿Tiene miedo de seguir por la calle?

—Miedo, miedo... Bueno, es muy estrecha, el carro es grande y creo que luego hay que maniobrar para dar la vuelta, se pierde demasiado tiempo. Si quiere ir a esa calle, aquí se ha terminado la carrera, amigo. Si se pretende vivir mucho tiempo haciendo el taxi, por la noche, hay que tomar determinadas precauciones y aun así, a más de uno lo encuentran pinchado, y no me refiero a las ruedas.

M. P. Savage pagó la carrera y le dio medio dólar de propina. El taxista escupió la pella de chicle abriendo la ventanilla lo justo, con una habilidad extraordinaria.

— ¡Eh, amigo, sujétese bien los pantalones si va a continuar el paseo andando!

Tras el consejo, el taxista de color se alejó raudo con su coche, buscando a otro cliente, pero observándole bien antes a la luz de sus faros para asegurarse de que no sería atracado.

M. P. Savage quedó solo en la calle mal iluminada; no se veía alma viviente en derredor.

Supuso que de algunos bares saldrían borrachos que caerían entre los cubos de basura y al día siguiente despertarían desvalijados y posiblemente sin zapatos, si los que llevaban no estaban muy usados.

Mil dólares, mil quinientos, dos mil al mes trataba de ganar cualquier habitante de Nueva York mientras en otros lugares del planeta había ciudadanos que no llegaban a los quinientos anuales; sin embargo, allí también había miseria y era una miseria más terrorífica porque estaba cargada de agresividad.

Allí, los pobres no se alimentaban con patatas y garbanzos y luego estaban faltos de fuerza, sino que se atiborraban de hamburguesas y frankfurts; todo proteínas y grasas, convenientemente regadas con cerveza. Dicho así, no parecía miseria y lo era en grado sumo. No todos llegaban a alcanzar esos sueldos soñados por los ciudadanos de otros países que miraban hacia Estados Unidos como la nación del super-confort. Lo que se solía olvidar era que el super-confort no era para todos, sino sólo para unos cuántos. Eso sí, se podía decir que nadie mendigaba, porque si alguien tenía hambre o quería comprarse una botella de whisky, droga o pagarse una hora con una furcia, no mendigaba; sacaba su navaja automática o la pistola y la primera víctima que se ponía a su alcance pagaba.

Mas aquella vida no era precisamente la mejor, pues aquellos seres de la noche, y también del día, terminaban tarde o temprano ensangrentados por la violencia. Acuchillados, atropellados, aplastados contra una pared a bordo de un coche robado o cosido a balazos por la policía, por algún ciudadano que había tomado la precaución de salir armado o por los demás tiburones del hampa. Si no se encontraba una víctima propicia, el propio colega podía ser esa víctima si el deseo por la toma de la droga se tornaba cada vez más acuciante e irresistible.

Moses Pacific Savage, poseedor de un completo dominio de su cuerpo y de su mente, sabía bien dónde se metía y en las horas que lo hacía. Estaba seguro de que si se veía en aprietos, los patrulleros de la policía tardarían demasiado en acudir y luego le gritarían que por qué había salido a pasear por la noche.

A distancia, gracias a su agudeza visual, pudo ver el enfrentamiento de un gato con dos ratas enormes junto a unos grandes cubos de basura; el gato terminó alejándose.

Se adentró por la calle caminando por su centro. Andaba despacio, sin prisas. Había agudizado sus sentidos para evitar ser sorprendido. El río no estaba lejos; la humedad escapaba de él como si un gigantesco reptil se paseara por las calles, humedeciéndolas, acharolándolas; calles que hedían, especialmente en verano o cuando la humedad era alta. Desde allí podían oírse algunos barcos reclamando un sitio en los muelles, mientras subían contra corriente por el Hudson River.

De pronto, escuchó el ruido de un motor. Era un coche que no estaba lejos y que se metió por la angosta calle por la que Savage avanzaba. Se encendieron los cegadores faros con su luz intensa, iluminando de pleno al *budoka,* como si fuera la estrella de moda, en medio de un escenario.

El automóvil se detuvo a escasa distancia, sin parar el motor. Al oído de Savage no escaparon unos pasos a su espalda y pese a la intensa luz, vio tres sombras que se le acercaban por detrás, tres individuos que no habían salido del coche y que participaban en aquella especie de trampa en la que hacían caer a las víctimas que se atrevían a ir solas por aquel lugar que, posiblemente, al día siguiente se llenaría de gente, de algarabía, de niños esperando su *bus* amarillo para dirigirse a la escuela. Ahora, de madrugada, era un mundo donde los hombres, en camada, aguardaban a algún incauto.

Las dos puertas del coche que acababa de cortarle el paso y que mantenía sus faros encendidos se abrieron de par en par y por ellas saltaron otros muchachos a los que Savage no pudo ver la cara.

Antes de que uno de los que le habían salido por la espalda pudiera meterle su hoja de acero en la ingle, apuntando hacia arriba malignamente mientras otro le apoyaba la automática en el cuello; antes de que aquellos peligrosos jóvenes, auténticos lobos nocturnos, pudieran hacerse con él, Savage dio unas largas y rápidas zancadas hacia el coche.

Saltó sobre la tapa del motor y luego encima del techo, sorprendiéndoles. De esta forma hubiera podido saltar al suelo y alejarse corriendo, porque estaba seguro de que su resistencia física era muy superior a la de los salteadores nocturnos, no en vano M. P. Savage estaba muy entrenado. Practicaba Zen, Yoga y era un *budoka* completo; mas no quiso huir, sino sólo mantenerlos a raya antes de que alguno cometiera una torpeza irremediable.

— ¡Eh, que se escapa! —gritó uno.

— ¡Lo voy a tirotear! —gruñó otro, manejando una gruesa pistola que cada vez que la disparase debía sacudirle hasta la médula del espinazo.

— ¡Un momento, escuchadme un momento! —pidió Savage sobre el techo del vehículo, rodeado por seis jóvenes vestidos de oscuro y que tenían un mucho de salvajismo selvático en el brillo de sus ojos, en los dientes que asomaban en sonrisas de triunfo.

— ¡Eh, dejadle hablar! Después de todo, no puede escapar y parece que no va armado —dijo uno que poco se diferenciaba de sus compañeros.

—Sólo llevo encima un reloj de ocho dólares, dos billetes de a cinco y monedas; en suelto no llegaré a quince dólares en total. Si es lo que buscáis, no me importa dároslo, sólo llevo ese dinero para tomar taxis.

—Pues nos lo das y luego te vas a pie, pero antes queremos comprobar si has mentido —le advirtió el que empuñaba la pistola.

—No me importa dároslo y quiero deciros que he venido hasta aquí para encontrarme con vosotros,

— ¿Ah, sí, eres chino?

—Ni chino ni blanco y tampoco negro; soy un hombre como vosotros, si es que queréis ser hombres y no una pandilla de hienas en la noche.

— ¡Te vamos a rajar por lo que has dicho! —le advirtió otro.

—No me asusto de vosotros.

— ¿Habéis oído? Es un gallito —se rio, muy nervioso, el que llevaba la pistola entre sus manos y que parecía tener muchos deseos de darle al gatillo. Aquel joven era peligroso en grado sumo.

—He venido hasta aquí para hablar con Choppy.

Los pandilleros quedaron dubitativos un instante, vacilaron y uno de ellos interrogó:

— ¿Para qué quieres ver a Choppy; eres polizonte?

—No, no soy polizonte. Quiero hablar con Choppy y no busco pelea con vosotros. ¿Para qué creéis que me he internado a estas horas por aquí; para buscar ratas? Vamos, vamos.¿Alguno de vosotros sabe dónde puedo encontrar a Choppy?

Los chicos volvieron a dudar. El de la pistola, que no tenía deseos de guardarla, objetó:

—Puede ser una trampa.

—No voy armado.

El que le había hablado más veces, cubierto con chaqueta de cuero negro y cuyo cabello era tan rubio que parecía blanco, le dijo:

—Baja del coche y veremos si lo que dices es cierto.

— ¡Es una trampa, Alby, es una trampa! —gritó el de la pistola.

—Trágate el pistolón, Claxon, qué manía de meter ruido. Vamos, déjalo que baje.

Claxon (aquel nombre debía ser un apodo) se guardó la pistola con reticencia. Savage saltó sobre el motor y después al suelo. De inmediato

quedó rodeado por los cinco muchachos; el mayor tendría algo más de veinte años y el menor unos diecisiete, si los había cumplido ya.

Le pusieron la punta de una navaja en el cuello y M. P. Savage no retrocedió. Era consciente de que si en aquel instante lanzaba su *kiai,* los muchachos rodarían por el suelo a su alrededor. Quizá se llevara una cuchillada, mas sabía cómo aguantar lo que los pandilleros llamaban un "pinchazo". Tensando los músculos al máximo, la punta de la navaja no penetraba en la carne. Era obvio que esto sólo se podía conseguir mediante un completo dominio sobre cada vino de los músculos del cuerpo, un dominio que M. P. Savage había conseguido bebiendo en las fuentes de la sabiduría de los gurús y faquires de la Alta India, el Nepal y el sur de la China. No era el único hombre capaz de tal dominio de su cuerpo que impidiera que se le clavara un cuchillo o, por lo contrario, que una larga aguja le penetrara sin causarle una herida letal.

Se dejó cachear y Alby, el joven de cabello albino, que tenía más carácter que alguno de sus compañeros, dijo:

—No ha mentido. Su reloj es barato, lleva dinero para el taxi y no tiene pinchazos en el brazo, no es un vicioso.

Una linterna le inundó el rostro de luz y volvieron a preguntarle:

— ¿Para qué quieres ver a Choppy?

—Le llevo un encargo de su hermano.

— ¡Miente, miente! —casi saltó de alegría Claxon—. ¡Choppy no tiene ningún hermano!

—Te equivocas, Choppy sí tiene un hermano —le puntualizó Savage.

Alby sonrió sarcástico, casi amenazador, mientras guardaba su navaja de larga y afilada hoja.

—Eso será fácil de comprobar. Le llevaremos hasta Choppy y si Choppy dice que no tiene hermanos, pagará por mentir. Aún no nos has dicho cómo te llamas.

—Savage.

— ¿Savage, es tu apodo? —inquirió uno de los jóvenes.

—Algo así. Me lo pusieron de pequeño y así me conocen todos.

—Entonces, Savage, métete en el coche.

M. P. Savage entró en el auto. A cada lado se le colocó uno de los pandilleros.

Dos de ellos enfundaron sus manos en guantes de cuero muy gruesos, como si se dispusieran a montar en moto por alguna región fría. Los otros subieron delante y Alby se encargó del volante. El coche se alejó de aquel lugar apagando las luces, circulando a oscuras por un dédalo de calles que aquellos marginados de la noche debían conocer muy bien.

— ¿Le tapamos los ojos? —preguntó uno.

—No hace falta, sin luz no encontrará nada.

El automóvil se metió en un local abierto. Dos de los jóvenes saltaron al suelo y se apresuraron a cerrar las puertas de gruesa madera.

Los faros se encendieron, llenando de luz aquella especie de almacén donde se amontonaban las cajas de madera y cartón.

— ¡No te muevas de aquí, espérate! —le ordenó Alby—. Vigiladlo —ordeno a sus compañeros que le obedecieron—, y tú, Claxon, vente conmigo.

—Yo me quedo vigilándolo —gruñó, tocándose el costado donde llevaba la pistola que gustaba de exhibir a poco que pudiera.

—No, tú vente conmigo, podrás decirle a Choppy lo que te parece ese tipo que se hace llamar Savage.

—Sí, eso, se lo diré yo a Choppy.

Savage comprendió que Alby no era tonto, tenía la capacidad para manejar a Claxon, más nervioso y agresivo. Quedó rodeado por tres de los muchachos, dos de ellos iban con guantes, y sintió pena por aquellos rostros que le vigilaban con recelo. Perdidos en la marginación, condenados a la delincuencia, eran carne futura de prisión. No podía culparles del todo por lo que hacían, por lo que eran. La emigración, los *ghettos,* la rebeldía ante una situación establecida de forma injusta, la expulsión de las escuelas por mentalidades reaccionarias, la falta de empleo adecuado, el ver que en los trabajos que les ofrecían el sueldo resultaba insuficiente para adquirir todo lo que, especialmente la publicidad televisiva, les invitaba a comprar, bombardeándoles una y otra vez con sus agresivos *spots*...

Entre aquellos jóvenes también los había malsanos psíquicamente y eran la manzana podrida que, metida dentro del cesto, corrompía a las demás y una vez podridas, poca solución les quedaba.

Mentalmente, Savage comparó a aquellos muchachos con los jóvenes que se hallaban en Liberty Garden, el secretísimo Liberty Garden, una escuela de plena realización humana dedicada a la formación de *budokas* sin coartar sus creencias confesionales o políticas; allí todos podían hablar y razonar, polemizar sin llegar nunca a la pelea ofensiva. Luego, en los *tatamis* de los *dojos* o en el gran *tatami* de competición, medían sus fuerzas físicas y psíquicas en combates de Judo, Karate, Tae Kwon Do, Kendo, Kung-Fu y otras artes marciales. Combatían, pero nunca con ánimo de dañar a su hermano, a su prójimo. Aquellos muchachos y muchachas se refugiaban, a veces, en el templo de las meditaciones, un templo constituido simplemente por una cúpula y varias columnas sosteniéndola, donde todos cabían y donde ninguna confesión era extraña porque en realidad allí todo se unía, convergía, era ecuménico y se abría sin paredes ni muros hacia el exterior. La naturaleza misma penetraba en él y las palomas lo sobrevolaban tranquilas, sin temer un escopetazo que cortara su vuelo.

No había comparación posible entre unos y otros muchachos; si algo podía unirles era su juventud y que eran seres humanos, aunque los chicos que le rodeaban estaban cerca de dejar de serlo.

Había que ayudarlos y no era tarea fácil, lo sabía, pues tampoco se trataba de reciclarlos para terminar colocándolos en la cadena de montaje de una empresa de automóviles o de armas, convirtiéndolos en un productor más. Obviamente, ofrecerles un futuro carente de horizontes era esperar que ellos lo rechazaran de plano.

Alby volvió solo, Claxon no regresaba con él. El albino se acercó al hombre no tan joven como ellos, más alto, más ancho de hombros, más flexible y elástico, más seguro de sí mismo, pese a las sonrisas de suficiencia de los pandilleros nocturnos.

—Choppy dice que hablará contigo —indicó.

CAPÍTULO II

Por unas angostas escaleras y tras rebasar una puerta, Savage descendió a un sótano al que accedió tras abrirse una gruesa puerta a la que habían pegado planchas de corcho con un espesor de algo más de un palmo. Allá abajo sonaba un equipo estereofónico de alta fidelidad, posiblemente robado. El lugar era una madriguera y en aquellos momentos, sonaba la pieza de *Cowboy de medianoche.*

Había mesas, butacas, sofás pequeños, todo variado, sin seguir ningún estilo; lo mismo podían ser muebles abandonados que proceder de almacenes desvalijados.

Las paredes estaban llenas de *posters.* Allí estaban desde Supermán a

Marilyn Monroe, pasando por King— Kong o Raquel Welch. Había ídolos reales y míticos. Podían verse pilotos de fórmula 1, boxeadores y abundantes *posters* de mujeres desnudas. La luz no era escasa y los cordones eléctricos colgaban de aquí y de allá por las paredes y encima de los *posters.* En aquella guarida se refugiaban adolescentes de ambos sexos, fugados de sus hogares o que quizá no habían tenido nunca un hogar; había de todo. Era un mundo aparte y M. P. Savage supuso que debían existir varias puertas para poder escapar de aquel lugar en un momento dado si se presentaba la policía.

Posiblemente, a los hombres de la ley no les habría costado demasiado encontrar aquella guarida interrogando a fondo a uno de los jovenzuelos, pero luego, ¿qué? ¿Qué hacer con todos aquellos chicos, una vez capturados? Resultaba más práctico irlos cazando uno a uno, según la gravedad del delito que cometieran.

El verdadero ejército de patrulleros de Nueva York dedicaba su tiempo a problemas mayores, salvo que alguno de aquellos muchachitos manchara el asfalto con sangre.

Lo cierto era que adolescentes pandilleros y hampones adultos no se mezclaban, era cosa distinta; como el agua y el aceite, no se compenetraban entre sí y había quien afirmaba que ambos grupos se temían.

Choppy estaba en un rincón del sótano. Llevaba cazadora de cuero con listas amarillas y un casco rojo de motorista con la mirilla bajada, cubriéndole enteramente la cara. Parecía absurdo que en aquel antro, pues tenía aspecto de club de baja estofa, el muchacho siguiera con su casco puesto sin dejar ver su cabeza, mas paradojas semejantes se daban en otros de los presentes. Justo al lado de Choppy había una chica que se dejaba manosear toda ella y especialmente su cabeza rapada. Aquella chica sonrió a Savage, maliciosa, y su rostro semejó una máscara. Resultaba muy pero que muy difícil calcularle una edad concreta.

Alby acompañó a Savage ante aquel sujeto que se ocultaba con el casco rojo en el que había pegado un adhesivo que era un águila bicéfala negra.

—Este es Savage, Choppy —presentó Alby.

Choppy lo observó a través de la mirilla de su casco, que no levantaba. Sacó su mano derecha de las piernas de la chica de cráneo afeitado y le dijo:

—Lárgate.

La muchacha se levantó, se contoneó delante de Savage y se alejó. Choppy pidió a Alby:

—Que le sirvan a Savage lo que prefiera.

—O.K., Choppy. —Alby se volvió hacia Savage y preguntó—: ¿Qué quieres tomar?

—Nada, no tengo sed.

— ¿Qué le traigo, Choppy?

— ¿No has oído que ha dicho que nada? —encarándose luego con el *budoka* inquirió—: ¿Tú eres Savage, el de la tele?

—Soy Savage, un reportero *free-lance*. Si mis reportajes aparecen en televisión, en las revistas o en los periódicos, ahora no importa.

—Sí que importa, tengo una curiosidad, ¿sabes?

—Bien, si preguntas yo responderé.

—Si aparecen tus reportajes en los noticieros más importantes, en las revistas de mayor tirada, en los periódicos que todos compran, ¿por qué no sales tú en persona?

— ¿Como uno de esos *posters* de Supermán? —interrogó mordaz.

— ¿Por qué no, si tienes la oportunidad de ser un héroe famoso? —se rio tras la mirilla del casco que ocultaba su rostro.

—Porque yo no soy ningún héroe ni pretendo hacer famosa mi imagen. No busco popularidad, no pretendo salir en los *posters* de las revistas. No soy un personaje para los consumistas de mitos como vosotros.

— ¿Eso es un insulto?

—Choppy, he venido a hablarte de Leonard. No pretendo hacerme el listo ni el tonto contigo.

—Te has arriesgado mucho buscándome.

— ¿No preguntas por Leonard?

—Leonard se marchó del barrio hace tiempo, nos abandonó y no nos dijo adónde iba.

¿A qué viene ahora reaparecer; acaso estuvo en Vietnam?

—Tu hermano está en una clínica.

—De acuerdo, Savage... ¿Es grave lo de Leonard?

—Sí.

— ¿Qué le pasa?

—Se muere.

— ¡Vaya! —exclamó con pesar—, ¿Seguro que se muere?

—Sí. Yo tenía grandes esperanzas en él, pero la vida y la muerte no están en nuestras manos, es cosa que disfrutamos y perdemos, sin poder evitarlo.

— ¿Alguien tiene la culpa?

—No, es una enfermedad.

La cabeza embutida dentro del casco se movió de un lado a otro.

— ¿Y qué quieres que haga yo?

—Leonard desea verte; puedes dejar que muera sin ver satisfecho su deseo, eres libre, nadie te obliga a ir.

— ¿Puedo yo hacer algo por él?

—No.

— ¿Seguro? Podría pagar la clínica.

— ¿Con dinero robado?

—Te advierto que si me insultas te voy a…

—No me asustan tus amenazas, Choppy. No he venido a discutir contigo, sólo he venidoa transmitirte el deseo de tu hermano que se muere. La enfermedad lo ha atrapado y su vida se extingue sin remedio. Somos humanos y mortales; lo mismo que nacemos, morimos. La única diferencia entre los seres vivos es que unos viven más que otros porque, al final, la muerte llega para todos, poderosos y miserables.

— ¿En qué clínica está?

Savage le dio la dirección; después, tendió su mano a Choppy.

—Estoy seguro de que irás a verle.

Choppy no le estrechó la mano e incluso movió la cabeza negativamente.

—No es seguro que vaya; Leonard nos abandonó.

—Leonard no tenía nada que hacer en las callejuelas de este *ghetto*. Comprendió que aquí se convertiría en un hampón sin conciencia, después de haber sido un adolescente pandillero.

— ¿Y adónde se fue?

—A un lugar llamado Liberty Garden.

— ¿Y dónde queda eso?

—Lejos, muy lejos; un lugar muy sano, nada tiene que ver con la enfermedad de Leonard.

—Pareces saber mucho sobre Leonard. ¿Fuiste tú quien se lo llevó de aquí?

—Yo conocí, tiempo atrás, a Leonard; él se había metido en líos y le ayudé lo que pude. El cobró conciencia y se entregó.

—Fue un cobarde.

—Sí te quitaras ese casco bajo el que te escondes, te abofetearía. No fue cobardía, sino valor, lo que tuvo

Leonard. Por decirlo de una forma más clara, los tenía mejor puestos que todos estos que te rodean.

—Estás muy fanfarrón, Savage —rugió Choppy tras el casco, poniéndose en pie amenazador—. ¿Sabes que si yo quisiera no saldrías vivo de aquí?

— ¿Y qué conseguirías con ello, demostrar tu poder entre este grupo de marginados que para vivir se convierten en ratas nocturnas, ésa sería tu victoria?

— ¡No insultes a mis amigos!

—Lo que hacéis tú y ellos no os llena de gloria, aunque comprendo muchas cosas. América, América, el gran confort, dólares, riqueza, automóviles lujosos, todos héroes victoriosos en todas las batallas, pero vuestra realidad es otra, claro que vosotros ayudáis muy poco a los que os quieren ayudar.

—No queremos sermones, vivimos bien como estamos.

—Vivís bien a costa del terror de mucha gente que no se atreve a salir

sola por la noche por vuestra causa. Dentro de poco dejaréis de ser adolescentes y os iréis desprendiendo del racimo; ya no seréis pandilleros juveniles, sino que os transformaréis en hampones agrupados bajo algún clan, bajo la Mafia, bajo algún *gang*. Luego, la cárcel, una y otra vez, y si no os pudrís tras los barrotes, os espera la muerte en plena calle.

—Eh, Choppy, ¿es un predicador? —rezongó uno con talante despectivo. Los demás rieron estentóreamente.

—Lo que sucede es que tú eres un blando y no nos entiendes. Sé que te metes con mucha gente "gorda", es verdad, pero en el fondo eres un blando.

— ¿Tú crees? Te podría demostrar muchas cosas, pero la verdad, no tengo ningún deseo de demostrar nada.

— ¡Eh, Choppy; déjame demostrarle a mí lo que es un pinchazo! —exclamó un joven largo y seco. Desnudó su navaja y se enfrentó a Savage, como si se dispusiera a ofrecer un espectáculo improvisado que divertiría a todos.

—Si mandas sobre ese imbécil, dile que se meta la navaja donde le quepa y que se deje de chiquilladas.

Choppy no dijo nada y el joven, que quería lucirse por la forma de hacer eses con su brillante navaja alrededor de Savage, rugió:

— ¡Te voy a hacer unos ojales para que te abotonen el cuero!

— *¡Kiai!*

Savage no imprimió demasiada fuerza a su *kiai* y lanzó su mano derecha en *tegatana* contra la frente del joven de la navaja. Sabía que con las puntas de sus dedos no llegaría a la cara de aquel imbécil, pero bastó para hacerle vacilar.

Entonces le lanzó una *ashigatana* y la punta de su pie sí dio en la mano armada, es decir, en la empuñadura de la navaja que salió disparada contra la pared donde quedó clavada como si hubiera salido de una ballesta.

Desarmado, el adolescente quedó perplejo. Hubo algunas risitas y, no pudiendo soportarlo, se lanzó contra Savage para golpearle con los puños. Sólo golpeó el aire ya que, en círculos, con la técnica china del templo de Shaolin, Savage lo fue esquivando. El muchacho cada vez se sentía más torpe y furioso.

—Déjalo ya, te ha puesto en ridículo —masculló Choppy, siempre oculto su rostro por el casco rojo con el águila bicéfala.

—Ya tendré otra ocasión para pincharlo. —Y se acercó a la pared en busca de su navaja.

Savage dijo entonces a Choppy:

—Eres libre de hacer lo que prefieras, pero visitar a un hermano que se muere no creo que sea un signo de debilidad para nadie.

Como si se hubiera alertado en él un sexto sentido, Savage se volvió

bruscamente hacia el muchacho seco y humillado que intentara herirle con la navaja y luego reírse de él. Este le lanzó el arma con notable habilidad.

Savage aguantó firme y, de súbito, propinó un manotazo al aire como quien atrapa a una mosca. Dio justo en el mango del cuchillo, desviando su trayectoria que tenía su cuerpo como meta. El arma blanca cayó al suelo, rebotando contra el cemento.

Todos quedaron desconcertados. Savage se dirigió a la puerta pasando entre todos ellos y salió. Subió al almacén, allí estaba el coche y la puerta cerrada. Savage abrió la puerta de madera y miró luego el coche. Subió a él y lo puso en marcha, abandonando el almacén. Se alejó de aquel recinto y, unas veinte cuadras más lejos, detuvo el auto junto a la acera, aparcándolo mal para que los patrulleros lo encontraran con facilidad y lo devolvieran a su propietario, pues era seguro que los adolescentes lo habían robado.

Moses P. Savage borró sus huellas del volante y abandonó el vehículo yendo a pie en busca de un taxi.

CAPÍTULO III

Ricky, con su gigantesca humanidad, se hallaba en posición *zazen,* sentado sobre sus piernas en el suelo junto a la ventana, las manos hacia delante y la cabeza apenas unos grados inclinada sobre el pecho. Los ojos estaban cerrados, o así podía parecerlo a quien no estuviera acostumbrado a ver aquella meditación oriental; sin embargo, los párpados superiores no estaban pegados a los inferiores, quedaban unas finas líneas abiertas gracias a las cuales Ricky, el japonés de dos metros diez de estatura y no menos de ciento ochenta kilos de peso, podía ver, aunque su actitud fuera estática como la de un buda de tamaño natural al que hubieran vestido con una enorme chaqueta *sport,* entreabierta, como el cuello de la camisa que usaba sin corbata.

El japonés estaba en una habitación de la clínica. Le había costado hacer comprender a médicos y enfermeras que quería estar allí, velando a su amigo y compañero Leonard, aquel joven largo, ahora seco, de facciones afiladas por la proximidad de la muerte pese a las innumerables transfusiones que le habían practicado.

Leonard, estirado en el lecho, jamás se quejaba, y procuraba no ser un estorbo. Las enfermeras se habían encariñado con él y lo mimaban como a un niño. Por su parte, de cuando en cuando, Leonard se sumía, también, en meditación, y su rostro, devorado por la enfermedad, no estaba carcomido por la amargura ni el resentimiento. Aceptaba su destino sencillamente, tal cual era. La muerte estaba tan cerca de él que levantando su brazo, sin fuerza, habría podido atraparla por el cuello y

hacer entrechocar sus huesos; mas ello no podría evitar que la muerte lo arrastrara consigo. Desde que el hombre existía, jamás le había ganado la mano a la muerte; había conseguido demorar su acción, pero nunca detenerla.

La puerta se abrió despacio, casi con timidez. Ricky continuaba inmóvil.

El joven que aguardaba una muerte que no vendría rápida sabía que la puerta no la abría una enfermera y tampoco un médico; ellos eran más resueltos y dominantes en sus acciones, estaban muy seguros de sí mismos.

Al fin, apareció un joven de estatura mediana. Tampoco era fornido, mas la chaqueta de cuero con listas amarillas que llevaba le hacía parecer más fuerte de lo que realmente era.

En la piel de su rostro, muy blanca, destacaba la boca de corte fino y los ojos pequeños, muy vivaces. Su cabello negro y lacio era abundante. Primero observó al japonés y luego, con la puerta todavía abierta, miró al enfermo.

— ¿Leonard?

Desde la cama, sólo moviendo los ojos, el moribundo preguntó:

— ¿Tan mal estoy que no me reconoces, Choppy?

Choppy cerró la puerta y se acercó a la cama, escrutando a su hermano. Sus manos vacilaron, no supo qué hacer con ellas y las metió en los bolsillos de sus pantalones.

—Bueno, Leonard, yo... yo quería traerte tabaco, pero creo que no te hubieran dejado fumar; ¿verdad?

Los ojos de Leonard brillaron de emoción.

—Choppy, a mí ya no me quedan fuerzas ni para levantar los brazos. ¿Por qué no me das un abrazo?

Choppy vaciló, se inclinó y riendo, dijo:

—Sí, claro que sí.

Ambos quedaron fundidos en un estrecho abrazo y Leonard notó que la risa de Choppy se transformaba en sollozos. El también lloró, pero silenciosamente, las lágrimas se desbordaron por sus ojos como gotas al extremo de un carámbano al que un repentino y cálido sol obliga a licuarse en medio de destellos reverberantes.

Choppy soltó a su hermano y se pasó la manga de la chaqueta de cuero por la nariz, como para secársela.

—Me tomarás por un idiota, ¿eh? Verás, no sabía qué traerte...

—Lo que yo quería es que vinieras tú, Choppy.

—Pues ya estoy aquí. ¿Te tratan mal? Si quieres, te saco de aquí y te llevo a otra parte. Tengo algunos dólares arrinconados; bueno, también tengo amigos.

—No, Choppy, no me hace falta. Savage y otros amigos me han traído aquí por si había alguna posibilidad de salvarme, pero ya ves, no lo hay,

tengo cara de muerto.

—No digas eso, Leonard, los he visto peores con una navaja clavada en las tripas. Bueno, creo que sólo digo idioteces… —miró a Ricky y preguntó—, ¿Y él?

—Es amigo mío.

— ¿Duerme?

—Medita; vacía su mente y aligera su cuerpo, se va a un espacio que pocos alcanzan. Es un tipo fenomenal, siempre está sonriendo y ayudando a los demás, pero lo mismo que un elefante, es bueno molestarle poco porque posee una fuerza descomunal, algo increíble.

— ¿Te cuida él?

—Sí, a ratos está él o Juanito Chancleta.

— ¿Portorriqueño?

—Sí, es amigo mío, también.

— ¿Un portorriqueño?

—Sí, entre nosotros no hay enemistades ni odios de raza, no hay clases ni diferencias por religión o ideas políticas. Todos nos respetamos y te diría algunas cosas más, pero hay que vivirlo para comprenderlo.

—Bueno, no sé bien de qué me hablas —dijo, dubitativo—, pero creo, creo que mis amigos no son como los tuyos, claro que si uno está en peligro, los otros aparecen para salvarle.

—Choppy, quiero decirte que Savage y sus amigos, entre los que yo me cuento, no hacen una lucha callejera, no forman pandillas para bravuconear ante otros grupos y buscar pelea. Savage ha iniciado una lucha de denuncia de la corrupción que hay en el mundo, no importa el país ni de qué lado político se encuentren los culpables. Es un reportero *free-lance* que denuncia a las organizaciones criminales que operan por todo el mundo, a los que controlan el inframundo del hampa y también a los que explotan a su prójimo para sacarle el jugo y vivir a lo grande. Sé que todo esto es muy largo y difícil de comprender, Choppy, pero necesitaba decírtelo, quizá no nos veamos más. Le he pedido a Savage que me saque de aquí antes de morir y que me lleve de nuevo a Liberty Garden; quiero morir, y que me sepulten allá.

—Y ese Liberty Garden, ¿dónde está?

—No lo sé, Choppy, pero es un lugar espléndido adonde tú deberías ir. Allí se cambia, se aprende a respetar al prójimo, a estimarlo; se ama el trabajo y se aprende lucha que nos fortifica y enseña a controlar nuestros cuerpos quemando la agresividad sin odio.

—Leonard, tú me hablas de un lugar que debe ser estupendo, pero yo no quiero cambiar, estoy bien así. Los muchachos de la pandilla me respetan, soy el jefe.

— ¿El jefe de un hato de navajeros y pistoleros? No, Choppy, no te voy a reprochar nada, pero soy tu hermano y me voy de este mundo; tengo que hablarte claro aunque me duela y te duela a ti también.

Esperaba volver un día, convertido en un *budoka* de Liberty Garden; un ciudadano del mundo dispuesto a ayudar a mí prójimo y ya ves, la enfermedad me lo impide aunque a ti sí puedo ayudarte todavía.

—Mira, Leonard, yo soy distinto. Tú eras como yo, ya lo sé, y también fuiste importante en la calle, de eso hace ya algunos años. Yo tenía entonces catorce años y te admiraba; pero te fuiste, desapareciste.

—Me fui con Savage y aprendí mucho.

—Y has caído enfermo. ¿Adónde te llevó?

—Nada tiene que ver el lugar, Choppy, tengo leucemia. Muero en paz conmigo mismo, estoy tranquilo, y puedo dar gracias a Savage por llevarme a Liberty Garden y a mis compañeros *budokas* que han quedado allá y a los que ya se han desperdigado por el mundo, pero que siguen en contacto con Savage; y también he de estar agradecido especialmente a los *senseis* que me enseñaron a sujetar mi violencia, a concentrarme para llegar al *satori.*

— ¿Y qué es eso del *satori?*

—Algo que si te lo explicara ahora, no comprenderías. Necesitarías ir a Liberty Garden y allá sólo puede ir el que, de verdad, desee transformarse en un *budoka* como lo es Savage.

— *¿Budokas* son esos fulanos que hacen Karate y Judo?

—Y muchas cosas más.

— ¿Qué mierda de especial tienen esos fulanos?

—Muchas cosas, Choppy, muchas cosas. Tampoco vayas a creer que los *budokas* de los *dojos* que se abren en las ciudades son como los *budokas* de Liberty Garden. Los hay que siguen el *Do,* la vía o el camino para hallar la perfección, pero también salen muchos indeseables que sólo aprenden presas, proyecciones, estrangulaciones; aprenden lo violento de las Artes Marciales Orientales y no el autocontrol, el respeto, el amor por el adversario.

—Leonard, me hablas mucho y no acabo de entenderte. Yo no sé qué hacer por ti; puedo traerte un coche, joyas, dólares que es lo que mueve al mundo, pero tú sólo me hablas de Liberty Garden, de amor al prójimo, de *budokas;* no te entiendo, la verdad.

—Te hablaré más claro para que me comprendas, Choppy. Deja la vida que llevas y emprende otra nueva. Si no sabes cómo, pregúntale a Savage.

— ¡Yo no tengo que preguntarle nada a nadie! —espetó, irritado.

—No seas arrogante. ¿Cuánto tiempo crees que le respetarán tus compañeros de correrías callejeras? Cualquier día aparecerá uno que te dará una puñalada a traición y a partir de eso, le respetarán a él.

—No tengo ganas de cambiar, vivo bien así. Tengo lo que quiero, moto, coche, chicas, amigos.

—Lo que tú tienes es humo, Choppy.

— ¿Humo?

—Sí, no tienes nada. Los coches son robados, el dinero también, a mí no puedes mentirme. Las chicas, ¿qué voy a decirte de ellas? Unas golfas... Harán prostitución rápidamente, caerán en manos de la Mafia que las controlará y serán carne de consumo a bajo precio, porque salen a la calle y no tienen clase. Ganarán una miseria porque los proxenetas se llevarán la tajada grande y cuando estén muy vistas en algún lugar, las traspasarán a otro. Y las amistades, tú sabes que no puedes fiarte de ellas.

—Sí puedo fiarme, me lo han demostrado muchas veces.

—A mí no me engañas; conozco ese inframundo de la calle. En grupo sois muy fuertes, muy valientes, pero a solas, las cosas cambian. Sois niños todavía, pero niños muy peligrosos.

Choppy respiró, resignado.

—Mira, pídeme lo que quieras y te lo traeré. Ahora me esperan, pero volveré a verte. Eres mi hermano y no voy a consentir que sean otros los que cuiden de ti. —Volvió a mirar a Ricky y preguntó—: ¿De verdad que no oye?

—Sí que oye.

— ¿Está dormido?

—No, ya te he dicho que está en meditación. Ahora, no desvíes la conversación; no sé cuánto voy a durar, de todas maneras moriré tranquilo, pero me iría mejor de este mundo si supiera que tú has dejado esa vida de pandillero callejero como lo hice yo el día que encontré a Savage esperándome a la salida de mi primera estancia en la cárcel. Había dejado de ser un menor y había visto ya, pegados a mis cejas, los barrotes del presidio. Savage creyó en mí y lamento no poder demostrarle que no iba a defraudarle.

En aquel momento, la humanidad gigantesca de Ricky semejó desperezarse. Choppy le miró con los ojos muy abiertos. Obviamente, el japonés era un gigante a su lado, pesaba tres veces más que él y su estatura imponía. Ricky le sonrió con su faz redonda y llena de beatitud.

—Creía que los japoneses eran pequeños y con gafas —observó Choppy, sin saber realmente qué decir.

—Pa-pa-palabra que soy ja-ja-japonés —le contestó Ricky, con su peculiar tartamudeo cuando no hablaba el idioma que había mamado.

—Ricky, éste es Choppy, mi hermano.

Ricky dedicó una profunda reverencia al joven reyezuelo de la pequeña delincuencia del Manhattan nocturno, y éste se desconcertó.

—Tienes unos amigos muy especiales, Leonard. Si éste estuviera en la pandilla, creo que asustaríamos a todo el barrio; claro que no tiene cara de pegar una bofetada.

—Pues no te hagas merecedor nunca de ella porque te llevarías una sorpresa, Choppy, te lo aseguro.

—Sí, claro, una bofetada de tu amigo japonés ha de valer como un

bazookazo. Bueno, Leonard, tengo que marcharme, volveré a verte, seguro que volveré. ¡Ah!, dile a Savage que si quiere ir por las calles del West por la noche, no le pasará nada mientras no se vaya más al Norte y se tope con los portorriqueños o con los negros de más arriba.

—Choppy, sal de esa jungla salvaje, sal.

—No puedo, Leonard. Volveré, eres mi hermano y volveré.

Se apresuró a marcharse y Ricky no le dijo nada. Aquel muchacho estaba muy incómodo fuera de su ambiente; en cambio, se sentía como tiburón en el océano a bordo de su “Yamaha” por las noches de Manhattan.

CAPÍTULO IV

Moría un día en la megápolis abrazada por los ríos Hudson y East cuando Duck avanzaba con su particular forma de caminar por la calle 66.

De cuando en cuando, daba una ojeada a los escaparates de las tiendas que iban cerrando. Duck era un tipo huidizo pese a su caminar sobre pies planos, por eso se había ganado el apodo de Pato.

Duck no llevaba documentación encima y semejaba un tipo anodino, sin importancia; un vendedor a domicilio de cosas pequeñas, simples baratijas. ¿Qué se podía vender de bueno entre la calle 66 y los muelles del Hudson? Los viajeros que arribaban en barco (cada vez menos, debido al auge de la aviación) se adentraban por las callejuelas del popular West Side, tomaban un *yellow-cart,* es decir, un taxi, y exigían que les llevara directo al hotel.

Duck no tenía problemas con nadie y lo sabía. Su rostro, su forma de andar, eran como un salvoconducto. Quienes le veían pasar, comerciantes y vecinos, le dejaban estar porque sabían que detrás suyo había poder, era intocable, y si entraba en algún bar, incluso le invitaban a beber gratis. “Paga la casa, Duck", le decían y él se limitaba a dar las gracias escuetamente.

Duck no hablaba más de diez palabras con nadie. Tenía una voz de bajo corroída por el alcohol y apenas se le entendían las palabras. Jamás discutía e, incluso, cuando se hallaba en problemas, se limitaba a encogerse de hombros.

Esas eran las órdenes que obedecía el tal Duck del que la policía sospechaba, pero nunca había podido ser llevado a la cárcel. Había quien aseguraba que algunos policías vendidos protegían a Duck, pero aquello sólo eran habladurías sin demostrar.

El caso era que Duck seguía un día tras otro haciendo la calle como una ramera del alto Brodway, pateando las aceras con sus pies planos calzados con botas de media caña que se introducían por las perneras de los pantalones de su traje brillante por el uso, con bolsas en las rodillas. Se tocaba con un sombrero de fieltro oscuro que tiempo atrás pudo ser más claro.

Dobló una de las callejuelas y dejó la calle 66 alejándose de su bullicio, de la barahúnda de automóviles que tenían prisa por abandonar Manhattan y dirigirse a los hotelitos residenciales en que vivían muchos miles de millares de hormigueantes seres que trabajaban en el corazón de Nueva York.

Duck avanzó y dobló por una callejuela y luego por otra.

Cada vez se sintió más solo y sus pasos resonaron en el suelo de asfalto y cemento. Paredes de ladrillo, alambradas que impedían el paso;

un modo ya diferente del que había dejado atrás. Duck no se inquietaba como lo hubiera hecho cualquier otro hombre al aventurarse por aquellas callejas, siempre envueltas en las húmedas brumas del Hudson River.

—Buenas noches, Duck.

El interpelado tuvo la impresión de que había estado caminando ensimismado, sin darse cuenta exacta de por dónde iba, ya que aquel hombre había irrumpido frente a él, como surgiendo del propio asfalto, y le había sorprendido.

Duck tenía un rostro anguloso de nariz grande lo mismo que la nuez de su garganta. Las cejas eran muy pobladas y semejaron juntarse, al decir:

—No te conozco.

Quiso sortearle, mas el recién aparecido se lo impidió dando pasos de lado en la misma dirección en que lo hacía él.

Duck se detuvo y le miró. Era un joven alto, no llegaría a los treinta años. Tenía abundante y espeso cabello lacio y negro, con fleco cayéndole casi sobre las cejas y cubriendo la frente que se adivinaba amplia. Tenía una cara serena, noble y unos ojos verdes y brillantes, pletóricos de vida. Si alguien diagnosticaba enfermedades a través de los ojos, hubiera opinado que aquel hombre estaba repleto de vitalidad.

—Oye, déjame pasar si no quieres buscarte problemas.

—Duck, vas a venir conmigo, tenemos que charlar. Te voy a hacer un reportaje, soy *free-lance,* ¿sabes? Mucha gente te conoce al oeste de Manhattan y celebrarán verte en la televisión o en alguna revista.

Duck esbozó una media sonrisa levantando sólo el lado derecho de la boca.

— ¿Has bebido?

—No, no he bebido. Vendrás conmigo, quiero hacerte preguntas; tú las respondes y luego será problema de la policía intervenir o no.

Duck debió pensar que aquel sujeto que estaba frente a él, cortándole el paso, estaba loco.

—Es el último consejo que te doy: ¡Lárgate!

—No, Duck, te vienes conmigo. Te estaba esperando; sabía que terminaría viéndote por estas calles. Sé que esta noche vas a visitar a los muchachos y me das náuseas. Mereces un castigo, pero yo no soy la ley ni la justicia, me limito a denunciar lo que creo que todos deben saber. Tú tienes una cara que debe ser conocida, una cara de la que hay que guardarse. Los padres, los educadores, pueden señalarte y decir: "Cuidado con ese sujeto. Muchachos, no os acerquéis a ese tipo porque es peligroso, un criminal."

— ¡Maldita sea, te voy a...!

Introdujo la mano en el bolsillo para sacar una pistola. Era un arma pequeña, plana, fácil de llevar y que abultaba poco, un arma corta para

distancias cortas; mas un *haitouchi* aplicado al dorso de su muñeca hizo volar la pistola que cayó al suelo. El golpe con el canto de la mano, dado de abajo hacia arriba, logró su objetivo.

—No seas idiota y ven por las buenas.

Al ver tan sereno, tan seguro de sí a Moses Pacific Savage, Duck tuvo miedo y trató de correr. Savage saltó delante de él y le aplicó un eficaz barrido *Hiza-guruma.* Colocó la planta de su pie derecho contra la rodilla izquierda de Duck al tiempo que le cogía la solapa de la chaqueta y daba un fuerte tirón, haciéndole perder el equilibrio.

El tercer movimiento de piernas de Judo fue contundente y rápido. Duck no sabía caer y dio con el codo en el suelo, lo que le hizo aullar como un perro apaleado.

—Ya te lo he dicho, Duck, es mejor que me acompañes.

— ¡Hijo de...!

— ¿Quieres quedarte sin dientes? —silabeó Savage.

Duck volvió la cabeza y a cierta distancia descubrió a dos hombres bien trajeados. M. P.

Savage les vio también y comentó:

—Tienes unos guardaespaldas muy elegantes, Duck.

Savage sacó una pequeña cámara fotográfica de su chaqueta y disparó un par de instantáneas, sorprendiendo a los dos individuos. Después, fotografió a Duck en el suelo.

— ¡Te matarán por esto! —rugió Duck.

Los guardaespaldas, sorprendidos, se detuvieron. Se miraron entre sí y desenfundaron las pistolas que llevaban en sus respectivas sobaqueras.

—*Kiaaaaaiiiii...*

El *kiai* brotó de lo más hondo del *Ki* de Savage (1), fue su manifestación exterior de energía básica. Los cuerpos de aquellos dos gángsters lo acusaron; notaron que se les taponaban los oídos y sus cerebros tuvieron unos instantes de vacilación ante aquel grito que no se escuchó, como si hubiera sido lanzado en ultrafrecuencia.

(1) Ki puede traducirse por «espíritu», fuerza vital;Ai es «unión». Por consiguiente, podríamos traducirKiai por el «grito que se encuentra con el espíritu». (N delA.)

Aquellos breves instantes bastaron para que M. P. Savage llegara hasta ellos casi volando. Se lanzó al aire, propinándole una patada en arco al mentón al que tenía a su derecha. El *mawashi geri* resultó tan efectivo como un puñetazo de Cassius Clay, pues el guardaespaldas rodó por el suelo.

M. P. Savage, antes de apoyarse con el pie izquierdo en el suelo, propinó un *seiken* en la oreja del otro individuo que tenía la pistola en la mano. La oreja quedó machacada contra el cráneo por el puñetazo, mas el tipo no cayó y Savage, ya apoyado en su pie zurdo, giró primero hacia la izquierda.

Como un péndulo, retrocedió luego y le hundió el codo en el hígado en un suave pero contundente *empi-uchi.* Le bastó un simple *ippin-ken* con el nudillo del dedo corazón aplicado entre las cejas del pistolero para que éste fuera contra el suelo cuan largo era para no levantarse, lo mismo que el compañero que recibiera el *mawashi geri* en el mentón.

Duck no daba crédito a lo que veía: Los dos pistoleros que siempre le seguían a distancia y que resultaban muy efectivos para que todos le respetaran y le dejaran en paz, habían caído ante un hombre desarmado que manejaba brazos y piernas con una endiablada precisión.

Duck no sabía bien lo que era un *budoka,* mas sí sabía ahora de lo que era capaz M. P. Savage, el cual se volvió hacia él. Duck, atemorizado, miró la pistola pensando que iba a perder demasiado tiempo tratando de recuperarla. Echó a correr, viendo en la huida su única salvación.

No tardó en oír a su lado las pasos de M. P. Savage que resultaba muchísimo más veloz que él. Savage se situó a su derecha; cogió con su diestra la muñeca derecha de Duck y estiró del brazo hacia abajo y adelante. Después, le pasó su brazo izquierdo por encima del brazo inmovilizado; dobló su propio antebrazo por detrás del brazo de su enemigo y presionó la muñeca apresada, de modo que el codo de Duck quedó en falso y dio un chillido de rata.

—Cállate o te quedas sin codo —le advirtió Savage tajante, amenazándole de luxación.

—No, no me lo rompas —suplicó Duck, cogido por la inmovilización de Judo que le sujetaba el brazo.

Savage le hizo comprender con aquella presa que era mejor obedecer y que estaba más sujeto que si le hubieran encerrado las muñecas dentro de unas esposas policiales.

Se lo llevó a la fuerza, haciéndolo caminar aprisa por las callejuelas hasta llegar a un automóvil que aguardaba con el motor al *ralentí.* Era un coche tipo ranchera, muy poderoso, de seis ruedas independientes con suspensión hidroneumática, siete litros de cilindrada y capaz de rebasar los obstáculos más inverosímiles.

Juanito Chancleta, el *budoka* portorriqueño, aguardaba al volante. Savage metió a Duck dentro del coche y a su lado, tras el conductor, se aposentó él, manteniendo la vigilancia sobre Duck.

—Vámonos —pidió a Juanito.

Este dio una ojeada a Duck e hizo avanzar el automóvil.

Moses P. Savage soltó el brazo de Duck; ya no podía escapar. Sin embargo, éste intentó abrir la portezuela por su lado sin conseguirlo. Juanito Chancleta salió de aquellas callejuelas buscando el centro de Manhattan.

— ¿Adónde me lleváis?

—A hacerte algunas preguntas, pero si lo prefieres, te llevo a una estación de policía — le propuso Savage.

—No temo a la policía.

—Si te llevara a la estación de policía donde sueles hacer tu recorrido, posiblemente no tendrías problemas, pero imagínate que te dejo en una estación de policía de Brooklyn.

— ¿Por qué en Brooklyn? —inquirió Duck, extrañado.

—Muy fácil, porque seguro que allá ningún policía y tampoco el juez te conoce y te iban a tratar como mereces. Buscarán tu ficha y aparecerás como traficante de estupefacientes. Bastará que te registren para que te saquen la mercancía de encima, dicen que Nueva York tiene una cárcel muy dura; luego, el FBI entraría a saco contigo. En fin, te verías en muchos problemas.

—No sé de qué me hablas, no sé nada de drogas. Esto te va a costar muy caro, tengo amigos influyentes —masculló, casi ladrando.

—Lo imagino, hay tipos con muchos millones que se enriquecen a costa de la droga, del *racket,* de la prostitución y de otras cosas.

—No conseguiréis nada de mí. —Les miró de reojo y creyendo adivinar, preguntó—: ¿Pertenecéis a algún *gang* nuevo?

—No. Además, no vamos a asesinarte. Como máximo te voy a partir unos cuantos huesos como te hagas el idiota.

—Entonces, ¿qué queréis de mí?

—Ya te lo he dicho: hacer algunas preguntas y unas fotografías. Estoy realizando un reportaje y he pensado que tú eres muy fotogénico, darás bien en foto y en pantalla.

— ¡Yo daré en la mierda!

—Eso también es posible...

Juanito Chancleta cruzó el East River por el puente de la calle 45, rodando en dirección a Brooklyn. Pese a sus escasos cincuenta kilos y su metro cincuenta de estatura, el portorriqueño manejaba con mucha soltura aquel poderoso coche que si no era exactamente grande (resultaba algo más corto que un “Lincoln Continental") sí era mucho más poderoso y manejable. Aquel vehículo tenía el nombre-marca de “Daymio” y era único en el mundo. Había sido hecho artesanalmente y no había salido de ninguna cadena de montaje. Nadie podía comprarlo porque no estaba en venta y ése era el coche que Savage solía utilizar junto con sus amigos.

Al fin, Juanito Chancleta metió el coche en un garaje donde había otros automóviles estacionados y una luz amarillenta. No se veía a nadie. Sacaron a Duck del coche y, empujándole, lo hicieron subir por una angosta escalera con barandilla de hierro. Luego, pasaron a una escalera y ascendieron al primer piso.

Juanito Chancleta sacó una llave e hizo entrar a Duck. Savage se mantenía vigilante y el secuestrado sabía bien que si cometía alguna torpeza recibiría un desagradable golpe de los que propinaba Savage y no tenía deseos de que le saltaran los dientes o le partieran un brazo.

Cuando se encendió la luz, Duck pudo ver que allí había un estudio fotográfico, un pequeño plato con varios focos.

—Vamos, triunfador, al plató —le ordenó Savage empujándole.

—Esto es una idiotez —masculló Duck, con miedo.

Savage conectó los focos y pidió a Juanito:

—Prepara la filmadora. Le haremos algunas tomas, a ver qué tal da.

Duck reaccionó brusca e inesperadamente. Quiso correr hacia la puerta, mas se encontró con una *mano cuchillo* que golpeó su estómago, empujándole de nuevo hacia atrás. Llevó sus manos al lugar donde le había sido aplicado dolorosamente un *shuto-uchi.*

—Mira, Duck, métete en la cabeza que yo sé Karate y tú eres torpe como un pato. Si quieres que te vaya arrancando las plumas una a una, lo haré. El próximo golpe que te dé será en el lugar que, posiblemente, más estimas.

— ¿Dónde? —gruñó, aún dolorido.

— ¿Acierto si te digo que en las piedras que tienes dentro del escroto?

Duck se puso blanco. Instintivamente, dejó de tocarse el estómago dolorido y llevó sus manos al bajo vientre para protegerse.

—Ya te ha comprendido, Savage —rezongó Juanito, irónico.

—Hazle unas tomas de frente y de costado —le pidió Savage.

— ¡Lo sabía, lo sabía, sois unos malditos policías! ¡Sé que, hay policías que no quieren ser identificados como policías, pero lo sois, maldita sea, fulleros del demonio!

—Deja de gruñir —le ordenó Savage, acercándosele—. Quítate la chaqueta, vamos.

— ¿Para qué?

—Es un principio de *strip-tease.* Ya ves, hemos caído muy bajo. Vamos, la chaqueta fuera.

Duck se quedó sin chaqueta. Sobre la camisa no llevaba revolverá como sí la portaban sus matones guardaespaldas. Duck prefería llevar la pistola en el bolsillo.

Savage registró la chaqueta y no del bolsillo sino del forro, de un lugar disimulado, sacó un fajo de billetes.

—Veo que ya has cobrado, Duck.

—No sé de qué me hablas.

— ¿No es tuyo este dinero? —interrogó Savage.

— ¡Quiero un abogado, quiero el teléfono para llamar a un abogado!

—Ya ves, Juanito, nos toma por policías. Anda, hazle una toma con el dinero.

Arrojó a la cara de Duck los billetes y éste los cogió en el aire, mas luego los dejó caer como si quemaran.

—No son billetes míos —dijo, temeroso de haber caído en alguna trampa y de que los billetes que él mismo llevaba encima pudieran estar marcados, billetes que había cobrado ya de otras víctimas.

—Ahora, dinos adónde llevas la mercancía.

—No sé de qué me habláis —replicó Duck, iluminado por los focos.

—Deja que adivine dónde llevas la droga… Vamos, Duck, quítate las botas.

— ¡No quiero!

—De acuerdo, iré a por ti.

M. P. Savage hizo un acercamiento de Karate, mostrándole las manos. Duck se estremeció de miedo, ya sabía cómo podía gastarlas Savage.

—No llevo nada en las botas.

—Vamos, fuera con ellas.

Duck se quitó una bota y preguntó:

— ¿Ahora qué?

—La otra.

Duck se quitó la segunda bota manteniendo hacia abajo la caña. Savage le ordenó:

—Invierte la posición.

Al hacerlo, cayeron al suelo unos sobrecitos, algunos de ellos minúsculos.

Juanito Chancleta efectuó unas tomas en primer plano gracias a la lente telescópica.

—LSD y otras cosas —advirtió el portorriqueño.

—Me lo figuraba. Y ahora, ¿qué dices, Duck?

—No sé nada, nada, quiero un abogado.

Savage se acercó a las botas y las sacudió hasta que lo último que contenían cayó al suelo; luego le pidió a Duck:

—Recógelo todo y ponlo dentro de esa cubeta —le señaló una cubeta esmaltada en porcelana para laboratorio fotográfico.

Duck recogió la droga y también el dinero y lo metió todo en la cubeta. Juanito fue tomando película.

— ¿Y ahora qué?

—Ponte las botas y la chaqueta.

Duck obedeció rápido mientras Savage vertía whisky dentro de la cubeta y luego le prendía fuego con un fósforo.

—¡¡Nooo!! —aulló Duck horrorizado, pues conocía bien el valor de aquello que momentos antes llevaba consigo.

—Ahora me dirás dónde guardas lo que los muchachos pagan por esa droga que les vendes, por esa droga que los vicia, destruye y hace más peligrosos, convirtiéndolos en auténticas fieras del asfalto.

— ¡Esto os va a costar la vida! —advirtió Duck, rabioso.

—No me has respondido… ¿En qué almacén metéis lo que los muchachos os dan por la droga que les vendes?

—A mí me pagan en pasta, en dólares como los que has quemado.

— ¿Y de dónde sacan la pasta los chicos?

— ¿Y a mí qué diablos me importa?

—Tendré que ser un poco duro contigo, Duck.

—He dicho la verdad, a mí me pagan con pasta —masculló mientras el fuego se consumía y quedaba el resto de agua que llevaba el whisky, con la droga destruida.

—Los chicos sacarán el dinero de alguna parte.

—No es cuenta mía.

—Lo será si no hablas.

—Si lo digo, ¿me dejaréis marchar?

—Palabra.

—Sólo sé que lo que roban se lo lleva una furgoneta cerrada.

—Eso es decir muy poco —replicó Savage.

—No sé más, puede llevar las placas cambiadas.

—Tú perteneces a una organización que sabrá muy bien de dónde sacan el dinero los muchachos. Si me lo dices, te largarás; si no, te entregaré a la policía.

—No hay pruebas.

—Tengo la filmación.

— ¡Lo rebatiré todo!

—Sí, pero antes te encerrarán y tendrás problemas.

Duck se veía acorralado, no sabía cómo escapar y se hundió. Sus hombros descendieron de la horizontal y semejó mucho más delgado de lo que era.

—Yellow Shop Center, no sé más, aunque me mates,

—De modo que Yellow Shop Center, ¿eh? —M. P. Savage se le acercó y situándose frente a él, le miró poniendo mucha intensidad en sus brillantes pupilas verdes—. Estás muy cansado, Duck, muy cansado.

—Sí —admitió el traficante de drogas.

—Respira hondo y despacio… Baja los párpados y verás como en pocos segundos te encuentras bien.

El gran poder de sugestión, su personalidad mucho más poderosa, fueron venciendo la resistencia mental de Duck. Juanito Chancleta conocía bien las técnicas que solía emplear Savage en ocasiones como aquélla para evitar toda violencia, y se daba cuenta de que estaba hipnotizando a Duck sin que éste se percatara de que su mente iba siendo dominada por el poderoso cerebro del Star-Budoka, sobrenombre por el que muchos conocían a Savage dentro del mundo de los *budokas* en cuyas competiciones oficiales jamás participaba.

—Ahora te vas sintiendo mejor, te tranquilizas. Te duermes, te duermes profundamente pero continúas en pie. Respiras hondo y muy despacio. No sientes frío, tampoco calor, estás bien, muy bien.

M. P. Savage sabía que Duck estaba ya hipnotizado. Si en aquellos momentos le hubiera clavado una aguja en el brazo, ni se habría enterado. Era un sueño más profundo que el que pudiera conseguir normalmente.

— ¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Juanito, dejando la cámara de filmar y acercándosele.

—Ya no repartirá más drogas.

—Si fuera tan fácil con un poco de hipnotismo obligar a tipos como éste a dejar de traficar en drogas, sobrarían las cárceles.

—Duck, ¿me oyes?

—Sí —admitió Duck con voz profunda, brotada del subconsciente.

—Escucha bien. Cuando chasquee los dedos por tercera vez ante tus ojos, despertarás. Saldrás de aquí, bajarás a la calle, andarás diez cuadras en zig zag y tomarás un taxi. Le pedirás al chófer que te lleve al East Side de Manhattan, te apearás del coche, le pagarás y cuando se haya alejado, despertarás por completo. Recordarás que has confesado tu crimen de tráfico de drogas, serás un chivato, un chivato, un chivato, grábatelo bien en la cabeza. Tendrás que huir o te matarán, pero no sabrás a quién has confesado. Sólo sabrás que eres un chivato y que tienes que huir para que no te liquiden. Tendrás miedo, mucho miedo y huirás, huirás.

Levantó sus dedos frente a los ojos de Duck y los chasqueó despacio, parsimoniosamente, por tres veces. Duck abrió los párpados. Savage ya le había puesto unos billetes en el bolsillo.

Duck, sin decir nada, fue hacia la puerta y abandonó el viejo apartamento rentado por Juanito y montado como estudio de fotografía y filmación.

—Eso sí que es quitarlo de en medio —opinó Juanito—. Si se conciencia de que es un chivato, huirá y no volverá a aparecer nunca más. Va a poner mucha tierra de por medio y no me extrañaría que cuando se le vuelva a ver sea en las Hawai.

—Eso espero, Juanito, eso espero. Lo que lamento es que aunque desaparezca Duck no tardará en aparecer otro como él repartiendo droga por las calles como hace el lechero con las botellas de leche.

—Sí, hay demasiada droga en esta podrida ciudad.

Savage sabía que había mucho que denunciar. La red de traficantes de droga era tan vasta como poderosa y se temía que incluso muchos policías estuvieran involucrados en ella, de tal forma que cuando se cazaba a alguien sólo se conseguía apresar a tipos pequeños, sin importancia. Para M. P. Savage, en aquellos momentos había un problema más concreto a denunciar y el nombre que se había incrustado en su cerebro era el del Yellow Shop Center, los almacenes que, según Duck, compraban lo que los pandilleros de Choppy robaban en descuidos o pequeños atracos. Delincuencia de adolescentes que, al no ser corregida, les llevaba invariablemente a la delincuencia de adultos.

CAPÍTULO V

El chófer, un individuo meticuloso con más de cuarenta años sobre sus espaldas anchas, bien vestido y sin gorra, hacía las veces de guardaespaldas. Introdujo el “Mercedes Benz” en el *parking* anexo al Yellow Shop Center.

Aurore Fletcher, fina, esbelta, encendió un cigarrillo que sostuvo entre sus labios. Era una mujer alta, hermosa, muy segura de sí misma, camino de los treinta años que aún podían estar lejos.

Atraía más la mirada de los sibaritas del sexo que de los que sólo exigían ampulosidades en mamas y caderas, como el americano medio que pedía que Miss América se pareciera más a una vaca de generosas ubres y peluca rubia que a una mujer distinguida y elegante.

Aguardó a que el auto se detuviera y a que el chófer se apeara para abrirle la puerta y entonces descendió ella.

—Gracias, Joe —dijo lacónica, con un sensual y chic acento francés que le sentaba muy bien en las reuniones sociales a las que acudía en la *high life* neoyorquina.

Por una puerta del propio *parking* pasó al Yellow Shop Center. Los almacenes, que no eran de grandes pretensiones, se ubicaban en un edificio del Bronx con tres plantas y dos sótanos. Sobre ellos había siete plantas más de oficinas con escaleras independientes; alguna de las plantas se suponía que también pertenecían a los Yellow y estaban dedicadas a su administración interna. En suma, aquellos almacenes no pasaban de ser un centro de compras de barrio o algo similar, no unos almacenes a los que desearan acudir especialmente las amas de casa de Brooklyn, Queens o del mismísimo Manhattan.

Posiblemente, mucha gente ni habría oído hablar de ellos, habida cuenta de la gran cantidad de comercios existentes en la gran metrópoli, babel de lenguas, razas, empresas, organizaciones criminales, inmigrantes; hormigas, en fin, agrupadas en el mismo nidal, como si en otras áreas del mundo o para concretar, de los mismísimos Estados Unidos, no hubiera para vivir más tranquilos y menos apretujados.

Aurore dio una ojeada a la planta en que estaba. Mucha luz, muchos puestos de venta y también mucha gente comprando. Los precios resultaban bastante ajustados, habida cuenta de que los Yellow Shop Center no pretendían ser unos almacenes exclusivistas, sino de batalla.

Una empleada le sonrió.

—Buenos días, señorita Fletcher.

Correspondió con una sonrisa, sin voz. Un hombre bien trajeado, con cara de haber pasado varios años sobre un *ring,* se le colocó detrás, a escasa distancia. Aurore sabía que era uno de los agentes de seguridad

del almacén que iba a escoltarla hasta que llegara a su despacho.

No le gustaba todo aquel aparato de seguridad, mas Clyton y M. M. Jeffrey, sus administradores generales y asesores en aquella empresa heredada de su padre, la habían convencido de que eran absolutamente necesarios, habida cuenta del elevado índice de criminalidad que imperaba en la ciudad de los rascacielos y el barrio del Bronx no escapaba a aquella oleada del crimen.

Se acercó a un elevador y la muchacha ascensorista se apresuró a saludarla. Aurore y el guardaespaldas entraron en la cabina y el hombre, sin decir nada, no dejó entrar a nadie más. La puerta del ascensor se cerró. La mujer, fumando de forma algo sofisticada, no dijo nada; ni siquiera intercambió una frase con aquel gorila trajeado que semejaba ahogarse con la corbata al cuello.

En la planta de oficinas, el gorila se apartó de ella puesto que allí había un vigilante de seguridad interna de los almacenes que si era enviado a algún punto de conflicto, imponía con su presencia, el uniforme y el arma que llevaba.

—Buenos días, señorita Fletcher.

Siguió por el amplio corredor de suelo enmoquetado y empujó una puerta en la que podía leerse: “Presidencia”. La dirección y la gerencia estaban en el mismo corredor, en distintos despachos.

—Buenos días, señorita Fletcher —la saludó su secretaria personal que no tenía excesivo trabajo y sí un despacho amplio, elegante y cómodo.

— ¡Hola! ¿Alguna novedad?

—Un reportero desea entrevistarse con usted, señorita Fletcher.

— ¿Un reportero conmigo? ¿Por qué no lo recibe Clyton o M. M. Jeffrey?

—Ya se lo han propuesto, señorita Fletcher, pero se niega. Le hemos dicho que usted no podía recibirle, que dejara su tarjeta y que ya le avisaríamos en cuanto fuera posible.

Aurore, con su cálido acento francés, inquirió mientras aplastaba el cigarrillo apenas consumido contra el cenicero de cristal que se hallaba sobre el escritorio de su secretaria:

— ¿Y ha dejado la tarjeta?

—No, ha dicho que esperaría dando vueltas por el almacén y que cuando usted pudiera recibirle que le buscaran.

—Un sujeto tenaz.

—Se le ha advertido que probablemente no sería llamado hoy.

— ¿Y él que ha contestado?

—Que esperaba que sí, parecía muy convencido. —la secretaria sonrió y en tono confidencial añadió—: Es un hombre joven, alto, guapo, tiene algo de oriental.

— ¿Un asiático?

—Pues no podría decirlo, creo que no, aunque pudiera ser que llevara sangre oriental. El caso es que tiene mucho pelo negro y un gran fleco le oculta la frente. Sus ojos son como dos fulgurantes esmeraldas expuestas al sol.

—Vaya, sí que la ha impresionado ese reportero —opinó, sorprendida por la vehemente descripción—. ¿Y cómo se llama?

—M. P. Savage.

— ¿M. P. Savage? He leído reportajes suyos y también los he visto por televisión; dicen que es un reportero del mundo de la denuncia y el escándalo, un periodista del amarillismo. ¿Qué querrá de estos almacenes?

—No lo sé, no lo ha dicho.

—Pues que lo busquen y díganle que puedo recibirle en mi despacho.

— ¿Ahora, señorita Fletcher?

—Sí, ahora, quiero comprobar si es tan guapo como me ha contado.

Empujó la puerta de su despacho y desapareció en él.

Instantes más tarde, por los altavoces generales de los almacenes, tras interrumpirse el hilo musical, la voz agradable y bien timbrada de la locutora que solía invitar a los clientes a las compras facilonas, llamó:

—Se rueda a míster Savage que acuda a administración, por favor. Se ruega a míster Savage que suba a dirección, por favor.

Sonaron unas campanillas y se reanudó el hilo musical.

El despacho de presidencia, que en vida del padre de Aurore englobó la dirección y la gerencia, todo en un único despacho, había sido transformado en gran manera y prácticamente descargado de trabajo. A Aurore no le había molestado que Clyton y M. M. Jeffrey se llevaran los archivos y libros, ahorrándole a ella la pesadez de un trabajo rutinario y de tener que recibir las visitas de los representantes.

La elegante mujer (que, por decisión materna, fuera educada totalmente en la Suiza francesa) había exigido que los muebles de su padre se conservaran, aunque fuera en otros despachos. Se llevó a un decorador francés al despacho y dejó las paredes blancas, enyesadas de nuevo y vueltas a decorar con moqueta de tonos pálidos, ligeros cortinajes de tonos pastel y mobiliario lacado en marfil. Todo era claro y suave, nada recargado, mucha luz indirecta y un gran acuario con peces tropicales y cuatro difusores siempre burbujeantes, mientras las especies acuáticas iban de un lado a otro, lentas y majestuosas.

Sobre la mesa, Aurore Fletcher tenía tres revistas y la correspondencia preseleccionada por la secretaria. Prácticamente no había una sola carta comercial, sólo invitaciones, notificaciones del Banco y cartas de índole particular.

Aurore miró las cartas por encima, mientras esperaba. Hacía algo más de un año que ocupaba aquel despacho y tenía la sensación de ser algo inútil en el engranaje de la empresa pese a que parecía dirigir unos

almacenes que realmente no gobernaba. Clyton y M. M. Jeffrey, siempre muy gentiles con ella, le pasaban los libros que ella requería para repasar por sí misma el movimiento comercial de su almacén.

Se hallaba como distraída, observando sin fijarse en las letras, cuando sonó la suavísima chicharra del interfono al tiempo que se encendía una luz roja.

— ¿Sí? —preguntó, pulsando un botón del intercomunicador.

—Míster Savage espera.

—Que pase —ordenó, al tiempo que juntaba las cartas y las introducía en una canastilla de acero inoxidable, quizá demasiado fría para el resto de la decoración de aquel despacho que podía muy bien catalogarse de lujoso.

La secretaria abrió la puerta y se hizo a un lado para que pasara aquel hombre alto, joven, algo delgado pero ancho de hombros. Vestía chaqueta *sport* de color hueso con camisa de cuello cisne color morado violeta, sin corbata ni botones.

—Buenos días —saludó el recién llegado, muy cortés y ceremonioso, casi al estilo oriental, con voz viril y bien timbrada.

—Pase y tome asiento —le invitó Aurore Fletcher señalándole una de las butacas que se hallaba frente a ella, al otro lado de la mesa que resultaba inmensa para las pocas cosas que contenía.

La secretaria sonrió a su patrona por detrás de Savage y cerró la puerta dejándolos solos, mientras el hombre se acomodaba en la butaca, muy seguro de sí.

— ¿Es usted Savage, el *free-lance?*

—Así es.

—No le creía tan joven. He de admitir que su nombre es muy conocido, pese a que sus reportajes son de prensa amarilla.

—Si usted cree que sólo es prensa amarilla para entretener a sádicos sedentarios que se satisfacen en sus casas sólo leyendo o viendo mis reportajes por televisión, es problema suyo.

—No trataba de molestarle con mi observación. —se adelantó para abrir una caja alargada de madera de roble—. ¿Un cigarrillo?

—Gracias, no fumo y tampoco me siento molesto. Hay mucha gente que piensa como usted ante denuncias graves, pero, por suerte, son más los que al conocer una denuncia exigen justicia y condena contra los culpables.

Aurore Fletcher parecía interesada, el reportero era muy atractivo y no se intimidaba lo más mínimo. Ella sí tomó un cigarrillo y comenzó a fumar. Tras la primera chupada, inquirió:

—No le molestará que fume yo, ¿verdad?

—No, claro que no, es su problema si quiere intoxicarse y mermar la potencia de sus pulmones.

— ¿Es usted ecologista, además?

—En parte, sin estar afiliado. Amo la Naturaleza y estimo en mucho al ser humano; mas no he venido a tratar de esos temas, aunque siempre es bonito hablar de ellos.

—Me han dicho que deseaba hablar conmigo, pese a que podía haber hablado con mis colaboradores que en la administración de los almacenes son más importantes que yo misma.

—Voy a hacer un reportaje sobre los Yellow Shop Center.

—No me diga. ¿Se lo ha encargado la división de publicidad? La verdad es que no sabía nada de eso.

—No, no es así. Yo no hago reportajes por encargo y muchísimo menos reportajes publicitarios o apologías pagadas.

—Entonces, no comprendo. ¿Qué le interesa de mis almacenes?

—Todavía no estoy muy seguro, ya lo iré averiguando. Quisiera que, para evitar problemas, me proporcionara una tarjeta de libre acceso a todas las dependencias para realizar mi reportaje.

—Si le hubiéramos encargado el reportaje, la propia división de publicidad se la habría proporcionado. La verdad es que tendré que consultarlo.

— ¿No es usted dueña de sus decisiones, aquí?

—Sí, claro que sí —respondió con su agradable acento—, pero hay gente muy competente contratada para cada departamento. Si no nos va a hacer publicidad, ¿qué es lo que se propone, Savage; una encuesta acerca de los productos que más se venden?

—Me he dado una vuelta por los almacenes y he comprobado que venden de todo, aunque especialmente atractivos son sus departamentos de relojería, joyería, fotografía y línea marrón de aparatos electrodomésticos, también de deporte.

—Es cierto. Esos departamentos están bien montados y a unos precios muy ajustados. La dirección tiene la máxima de vender mucho aunque se gane el mínimo en cada artículo, por ello los proveedores nos tratan muy bien y nos sirven de inmediato cuanto pedimos.

—Vender productos con garantía de fabricación a precios muy ajustados, gracias a una buena política de ventas, me parece muy honroso.

—Es un placer que piense así. Todavía no adivino cuál es su interés sabiendo como sé qué clase de reportero es usted.

—Verá, señorita, de todas formas haré el reportaje, me dé la tarjeta o no. Voy a buscar, al final no sé exactamente lo que encontraré y se lo digo abiertamente. Si descubro algo sucio, lo expondré claramente en mi reportaje, de tal forma que puedo hundirle los almacenes.

—Eso suena a amenaza.

—Es que no me queda mucho tiempo para realizar este reportaje. Un amigo mío ha emprendido un viaje muy lejos y tengo que acompañarle hasta su destino… En fin, que tengo poco tiempo y por ello voy directo al

grano. Si soy algo ofensivo, le ruego me disculpe, no es mi intención herir a quien no me hiere y tampoco hiere a mí prójimo.

—Estos almacenes están en completo orden, todo es legal. Regularmente pasan por aquí inspectores del Ayuntamiento, del Estado y hasta federales. Intuyo que tiene usted cierta animosidad por mi empresa.

—Es posible.

— ¿Por qué?

—Cuando termine mi reportaje se lo diré franca y llanamente y si estoy en un error, le pediré excusas humildemente. Los periodistas, en ocasiones, también recibimos informes falsos que nos ocasionan muchos problemas, incluso pérdidas de tiempo. Yo soy de los que admiten su equivocación si es que la tienen.

—De modo que usted ha recibido unos informes sobre mis almacenes…

—Exacto.

—Entonces, exijo que me diga qué clase de información es.

—No.

— ¿Por qué?

—Porque yo no doy por válido ningún informe sobre terceros que no haya comprobado por mí mismo. De ser falso el informe, lo que yo hiciera sería calumnia.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó Aurore Fletcher—. Pueden haberle informado mal, lo acepto y no le hago responsable, pero quiero saberlo.

—No. Cuando haya terminado, se lo diré.

— ¿Lo mismo si es cierto que si es un informe falso?

—Sí.

— ¿Palabra?

—Palabra de Savage —aceptó él, con una sonrisa.

Aurore se mantuvo unos instantes con la mirada fija en Savage a través del humo que expulsaba ella misma a través de sus labios de corte perfecto, ni gruesos ni finos, y cuidadosamente maquillados a pincel.

—Está bien. —por el interfono llamó a su secretaria—. Traiga una tarjeta de libre circulación, como las que entregamos a los inspectores, pero a nombre de… ¿Cómo se llama exactamente?

—Moses Pacific Savage.

—Ya ha oído. Démela, la firmaré yo misma.

—Sí, señorita Fletcher, enseguida.

La propietaria de los almacenes recostó su espalda de nuevo contra la butaca tapizada en grueso y prieto tejido de lana pura.

— ¿Confía usted plenamente en sus colaboradores?

—Totalmente —admitió ella, tajante.

—Me da la impresión de que no hace mucho tiempo que está usted

aquí, en Nueva York y en este despacho.

—Es cierto. He pasado largas temporadas aquí, pero a la muerte de mi padre, presidente y fundador de los Yellow Shop Center, abandoné Europa y me hice cargo del negocio.

—Comprendo. Su padre, en vida, no le explicó bien el negocio y lo ha aprendido sobre la marcha, casi diría que forzadamente.

—He encontrado a hombres muy preparados.

—Y se ha dejado llevar por la corriente.

—Lo dice como si yo fuera sólo una inútil que ha venido a disfrutar de tina herencia.

—No me caen simpáticas las herencias ni los que testan y mucho menos los que heredan.

—Comprendo. Cada hombre vale lo que vale por sí mismo, ¿no es eso?

—Algo así y por mucho que valga alguien nunca ha de distanciarse demasiado de los que valen menos porque si lo hace no podrá tenderles la mano para ayudarles.

— ¿Es un proverbio oriental? —preguntó Aurore algo irónica, haciendo tiempo hasta que trajeran la tarjeta de libre circulación por la empresa.

—Lo aprendí de mi *sensei* y él sí era oriental.

— *¿Sensei,* qué significa eso?

—Maestro, en japonés.

—Usted tiene algo de japonés, ¿verdad?

—Quizá, no lo sé exactamente. Sólo sé que soy un hombre, un ciudadano del mundo y que sobre el planeta todos somos iguales; por consiguiente, todos deberíamos tener los mismos deberes y derechos, claro que eso, hoy por hoy, es una utopía.

— ¿Y lucha por esa igualdad?

—Por el momento, lucho contra quienes explotan a su prójimo de una u otra forma y que son lo mismo que criminales. Por supuesto, éstos también son enfocados por mis cámaras, pero hay demasiada gente que cree que los ladrones están sólo en los barrios de alto índice de delincuencia, donde existe masivamente la prostitución y las drogas.

— ¿Y usted opina que los seres que deberían ir a la cárcel están en todas partes?

—Exacto.

Aurore se rio, tratando de ser burlona.

—Pues eso ya lo sabe todo el mundo.

—No lo crea, eso es lo que supone todo el mundo, pero no tiene datos para demostrarlo y de eso me encargo yo porque levanto los pasteles y les doy la vuelta para que todos vean qué clase de gusanos hay dentro.

— ¿Y para usted, el Yellow Shop Center es uno de esos pasteles apetecibles por fuera y podridos por dentro?

M. P. Savage no tuvo tiempo de responder ni se interesó en hacerlo porque la secretaria, tras llamar prudentemente a la puerta, entró con la tarjeta en la mano.

—Señorita Fletcher, aquí está, pero creo que antes deberíamos consultar con los señores Clyton y M. M. Jeffrey...

—Yo soy la presidente de los almacenes, del consejo de administración y propietaria única. Esto no es un negocio de acciones, de modo que cuando tomo alguna decisión no tengo por qué consultarlo con nadie.

La secretaria enrojeció, cortada ante la tajante respuesta de Aurore que, cogiendo la tarjeta, la firmó resuelta y se la entregó a Savage.

— ¿Satisfecho?

—Por ahora, sí, gracias.

—Ya ve que acepto su desafío.

—Sí, yo seguiré adelante. Por cierto, ¿puedo invitarla?

Aurore Fletcher se relajó y sonrió, ahora muy segura de sí. La secretaria vaciló y antes de que le dijeran nada, se deslizó hacia la puerta, pasando al antedespacho.

—No sé qué juego se trae entre manos, Savage, pero otros han tratado de seducirme y han fracasado. ¿Va usted a intentarlo también?

— ¿Yo? —Ahora sonrió él, sin apartar sus ojos de la joven—. No tema, yo no puedo casarme.

— ¿Ah, no, por qué? —inquirió, sin abandonar su tono sarcástico y burlón.

—Porque tengo una tarea inmensa que llevar a cabo y necesito estar libre. Corro muchos riesgos y no quiero dejar viuda. Imagino que una mujer como usted, hermosa, con fortuna propia y un negocio como estos almacenes, estará muy solicitada en las reuniones sociales. He averiguado que es soltera y nada más viéndola deduzco que sería casada, mañana mismo, si se lo propusiera.

—Es cierto. Tengo varios hombres que desean casarse conmigo y la verdad es que no todos buscan mi fortuna, los hay que son mucho más ricos que yo,

—Por lo que a mí respecta, no hay cuidado, sólo la he invitado. He pretendido invitarla a salir esta noche, nada más.

— ¿Sería vulgar si le preguntara si una mujer como yo no es de su agrado?

—Posiblemente sería vulgar, y mi respuesta también. Sé contenerme ante una fruta en su punto, ni madura ni verde, coloreada y blanca a la vez, carnosa y dura... Prefiero comérmela en su justo momento.

— ¿Y luego? —inquirió, vivamente interesada a su pesar.

—Quien vive el pasado o el futuro vive en un mar de angustias por lo que dejó atrás o por lo que ha de venir. Mi norma es vivir el presente y dejar el después para cuando sea presente.

—Si fuera un espadachín, diría que maneja las palabras como una espada, siempre desarmando a su enemigo y dando estocadas.

—Espadachín, no, pero creo que no peco de orgullo si le digo que soy un buen *kendoka.*

— ¿*Kendoka*, qué es eso?

— ¿Sabe lo que es una *katana?*

—No.

— ¿Y un *samurai*?

—Eso sí, he visto películas japonesas.

—La *katana* es la espada del *samurai* y el Kendo es el arte marcial del manejo de la *katana;* bueno, existe una variación para evitar accidentes en las competiciones y es el *shinai;* digamos que éste es una *katana* hecha con tiras de bambú que golpea y no mata. En realidad, el arte del manejo de la *katana* se llama Ken Jutsi; ahora, las cosas han cambiado y le llamamos Kendo en su versión deportiva.

—Ha vivido mucho tiempo en el Japón, ¿verdad?

—Algo. Si viene esta noche conmigo y le interesa, le explicaré algunas cosas más.

—De acuerdo, acepto la invitación. ¿Saldremos a cenar?

—Mejor cene a las siete en su casa, algo ligero, que luego no le pese en el estómago. La recogeré a las diez y si me permite una sugerencia, vístase con uno de esos *blue jeans* que venden sus almacenes, una camisa unisex, chaquetilla de cuero oscuro y cálcese zapatillas de deporte, bien sujetas, que si tiene que correr pueda hacerlo. ¡Ah! Si quiere colocarse una cinta alrededor de la frente al estilo apache, puede hacerlo.

Aurore Fletcher, siempre elegante y sofisticada, quedó tan desconcertada como si acabara de soltarle un bombardeo de herejías a su sentido de la estética. De pronto, soltó una carcajada y aceptó.

—De acuerdo; puede ser divertido… ¿Quién no comete una locura alguna vez?

CAPÍTULO VI

M. P. Savage se rebelaba interiormente ante aquel joven, casi un muchacho, consumido en el lecho de la agonía. Tenía los ojos cerrados y apenas se adivinaba el bulto de su cuerpo bajo la colcha y la manta. Se había consumido literalmente. Gramo a gramo, libra a libra, entregaba su cuerpo a la Muerte. Parecía imposible que aquel joven fuera el mismo que poco antes destacara como *budoka* en Liberty Garden.

La enfermedad, como siempre, había irrumpido traidoramente, metiéndose en el cuerpo de Leonard para roerle por dentro, envenenándolo y devorándolo.

— ¿Está en coma, doctor? —preguntó Savage, al médico que estaba junto a él.

—Todavía no, duerme profundamente. Algún día y no será lejano, se hundirá en uno de esos sueños y no despertará. Entrará en coma y así permanecerá algún tiempo, días, incluso semanas, hasta que sobrevenga la muerte.

— ¿Seguro que no hay posibilidades de salvarle?

—Seguro. Le hemos administrado todo lo más nuevo que se conoce e innumerables transfusiones de sangre. De no ser por ellas, habría muerto ya.

—Sí, ya sé, pero como ha habido casos en que se ha podido salvar al enfermo...

—Casos excepcionales y porque reciben trasplantes de elementos necesarios de un hermano mellizo y siempre tratándose de niños. Créame que le hemos hecho todo lo posible y lo imposible.

—Lo sé, ¡pero quisiera hacer tanto por él!

—Ha hecho todo lo que ha podido, usted también. ¿Está decidido a llevárselo?

—Sí.

— ¿No sería mejor dejarlo aquí hasta que llegue su momento? Después de todo, no tiene remedio.

—No. Si ha de morir, le llevaré con sus amigos.

—Lo que usted diga. Tendrá los documentos preparados para sacarlo del hospital cuando lo requiera, no habrá problemas. En un centro médico, lo único que podemos hacer ya es ayudarle en su último trance.

M. P. Savage hubiera deseado hablar con Leonard en aquellos momentos, mas comprendió que resultaba imposible y abandonó la habitación dejándole solo, pues ni Ricky ni Juanito Chancleta estaban allí.

—Es una lástima, un joven tan vigoroso; pero si le mostrara otros casos, de niños incluso, comprendería que esta enfermedad no respeta edades ni sexos. Su amigo la sobrelleva con una entereza ejemplar; sabe que va a morir y no se ha quejado en absoluto.

—Lo sé, ha aceptado su destino. Me gustaría que otros muchachos más afortunados que él lo tomaran como ejemplo.

—Eso es difícil, tal como veo la juventud hoy —opinó el médico, pesimista.

—La juventud no tiene toda la culpa, doctor.

El médico movió la cabeza, dubitativo.

— ¿Qué me dice de esos grupos de muchachos que recorren las noches de todas las ciudades del mundo?

—Todas las ciudades, no, y dejando al margen esa puntualización, digamos que ellosno aceptan una sociedad que se les impone, una sociedad que rechaza a quien trata de cambiarla y ellos la rechazan a ella, a su vez. Existe un divorcio total e insisto en que los muchachos no son todo lo culpables que parecen.

—Los hay que asesinan por unos pocos dólares, son como ñeras.

—Cuando llegan a esos extremos, admito que ya poco se puede hacer por ellos; pero alguien ha de intentar rehabilitarlos en lo que se pueda, y para que no crezcan más muchachos marginados lo que hay que hacer es atacar directamente las causas, no los efectos. Estas ciudades monstruo sólo incuban agresividad, se exige competitividad y el éxito se lo lleva el que gana, quedando condenado a ganar siempre, lo que es tan salvaje como perder ya al principio y ser despreciado. En nuestra sociedad es mentira eso de que *lo importante es participar y no ganar*. Luego, el desempleo, al mismo tiempo que la machacona publicidad fomenta el consumismo. ¿Qué quiere que hagan esos chicos a los que continuamente se les dice que sólo vale y se lleva a las mujeres bonitas el hombre que tiene el mejor coche, la casa más confortable? Dígame, ¿qué van a hacer, si ni siquiera tienen empleo?

—Bueno, eso tendría que responderlo el departamento de psicología del hospital.

—Sí, el departamento de psicología lo sabe, pero la sociedad no cambia porque hay intereses demasiado fuertes que lo impiden. En los hospitales, sección de urgencias, lo que sí pueden ver es a esos muchachos traumatizados por peleas, navajazos o tiros.

—No sólo vienen ellos, sino también sus víctimas y éstas en mayor cantidad.

—Es cierto y no crea que disculpo lo que hacen, lo que crítico son las causas que les llevan a esta situación. Soy consciente de que todo no se puede cambiar en un día y esos chicos son tan culpables como víctimas. Tal como aparecen en las calles, son como fieras. Tienen derecho a vivir de otra forma y se les deben ofrecer otras salidas. En realidad, no son tan diferentes a esa sociedad que les margina y hostiga. Agresividad, rivalidades, gregarismo, lucha salvaje, lo mismo que la sociedad adulta, pero ellos sin careta y también sin saber por qué. Son como perros abandonados a su suerte y que se convierten en cimarrones.

—Nadie los ha abandonado —objetó el médico, que tenía mentalidad conservadora.

—Lo que se les ofrece es como si se les abandonase. Vivimos en una civilización decadente que lo confía todo a la tecnología, y la tecnología no es la panacea. En fin, seguiríamos horas y horas hablando y no nos pondríamos de acuerdo; sin embargo, puedo decirle que ya hay jóvenes que han comprendido y que se cultivan en el amor y el respeto al prójimo.

El médico se lo quedó mirando con fijeza e interés.

— ¿Leonard era uno de ellos? —inquirió.

—Sí.

—Ahora comprendo la entereza que tiene ese muchacho y supongo que usted tiene mucho que ver en su formación.

Le tendió la mano y M. P. Savage, siempre abierto a la comprensión, se la estrechó.

Savage abandonó la clínica y al volante del “Daymio” se diluyó en el tráfico de la gran metrópoli del estuario del Hudson.

La densidad circulatoria había disminuido y seguiría disminuyendo. La noche se haría solitaria y los coches tratarían de transitar por las vías principales, evitando calles no muy anchas que se podían obstaculizar poniendo un coche delante, lo que obligaba al conductor a detenerse para evitar un choque. En ese momento, a derecha e izquierda, aparecían los salteadores nocturnos que terminaban el trabajo.

Si la víctima era sumisa, se dejaba robar y llevaba encima algo que complacía a los ladrones, salía bien parada; si se rebelaba, no era extraño recibir una cuchillada o algún disparo pese a la potente flota de patrulleros que circulaban constantemente por aquella ciudad donde el índice de criminalidad era trágicamente alto, al igual que en Chicago, Los Ángeles, San Francisco o Washington.

Y desgraciadamente, las grandes ciudades europeas parecían tomar como modelo todo lo que hacían los americanos y en ese todo estaba incluida la delincuencia juvenil.

Moses P. Savage fue a recoger a Aurore Fletcher a un elegante edificio de apartamentos al norte de Queens en el Boulevard Parsons, cerca de la Bowne House, la histórica casa construida en 1661 por el cuáquero John Bowne que dirigiera una porfiada lucha por la libertad de cultos bajo la dominación holandesa.

El bloque, con un cuidado ajardinamiento alrededor, tenía guardia nocturna para evitar sobresaltos a sus propietarios.

Introdujo el coche en la isla de detención y se situó frente a la marquesina de hormigón.

El vigilante se le acercó, tocándose la visera de la gorra.

— ¿Espera a alguien? —le preguntó.

—Sí, a la señorita Fletcher. Dígale que Savage espera.

—Un momento, señor.

El vigilante regresó al interior del vestíbulo y allí llamó por el intercomunicador de vecinos. Volvió junto al coche después para decir:

—La señorita Fletcher baja enseguida, señor.

—Bien, gracias —aceptó Savage.

Aurore Fletcher no tardó en aparecer embutida en un abrigo de paño oscuro y *maxi* que apenas dejaba ver un calzado de tacón plano y cómodo. Savage le abrió la portezuela y ella entró en el auto, comentando:

—Vaya coche tienes, no he visto ninguno igual.

—Es un coche para meterse en líos, sale de los lugares donde otros quedarían atrapados. —Arrancó, alejándose del edificio vigilado día y noche—. Un lujoso apartamento —comentó.

—No está mal.

— ¿Lo heredaste de tu padre?

—No exactamente; él me dejó el hotelito donde vivía al este del Bronx, casi junto al jardín zoológico, pero resultaba demasiado grande y antiguo. Preferí venderlo a una inmobiliaria, no me gustó nunca.

— ¿Ni como para recordar la niñez?

—No, mi madre prefirió educarme en Europa, he pasado mucho tiempo en Suiza y en Francia.

—Se te nota en el acento. ¿Vendiste bien el hotelito?

—Sí, porque tenía mucho terreno alrededor. En su día fueron unos jardines umbríos, con demasiadas coníferas. Yo recuerdo que cuando niña me asustaba, no me gustaba aventurarme entre su arboleda. Tenía miedo, como los personajes de los cuentos que leía.

— ¿Liquidaste la vivienda de tu padre y compraste el apartamento?

—Sí, me pareció más práctico. En el apartamento todo es nuevo, todo funciona bien; es amplio. No sé, me gusta mucho más.

— ¿Grande?

—Según se mire, como dirían en París. Trescientos metros cuadrados, poco más o menos.

—Entonces sí es grande. ¿Cuatrocientos mil dólares?

—Cuatrocientos cincuenta mil al contado; a plazos era mucho más.

—No me extraña que tengas muchos cortejadores. Me permites que te tutee, ¿verdad?

—Sí, cómo no. Me siento un poco rara, tengo la impresión de que pretendes hacerme vivir una aventura desconocida para mí y, lo que son las cosas, no sé por qué pero confío en ti.

—Trataré de no fallarte, aunque al final es el destino quien tiene la última palabra. No te voy a negar que correremos algunos riesgos y todavía estás a tiempo de retroceder, no te lo reprocharía.

—No se escribió nunca nada sobre los cobardes.

Se despojó del abrigo que lanzó al asiento posterior.

Mientras se dirigía al puente de Queensboro para atravesar el East River y así llegar a Manhattan, Savage observó de reojo a Aurore Fletcher que vestía *blue jeans* y la cazadora de cuero marrón oscura.

—No pareces la misma que he visto esta mañana en aquel despacho tan elegante y sofisticado —opinó.

—Estaré horrible...

—No, estás mucho más joven, es como si te hubieras quitado algunos años de encima. Cualquiera te tomaría por una muchacha que va a primero o segundo curso de la Universidad.

—Gracias, eres muy amable. Las mujeres siempre tomamos bien esta clase de comparaciones, aunque la verdad es que me siento muy rara, nunca he vestido de esta forma.

—Suéltate.

— ¿Qué quieres decir?

—Fácil, relájate, deja que tu cuerpo se sienta libre, olvídate de todas las normas que aprendiste para ser elegante y bien educada.

—Eso suena a seducción, Savage.

—No es seducción, es naturalidad. La sociedad, a lo largo de los siglos nos ha ido imponiendo reglas y hemos terminado por ser figuras y no personas. Mucha gente, si te fijas como anda, parecen muñecos. Hemos de aprender todos un poco de los animales, imitar sus movimientos y así liberarnos. Hay seres que jamás emplean determinados músculos de su cuerpo y éstos terminan atrofiándose, lo mismo que los sentidos utilizados a bajo rendimiento. Cualquier animal usa mucho mejor los poderes naturales de su cuerpo que un ser humano. Hombres que podían saltar dos metros de altura apenas rebasan cincuenta centímetros sin caerse y lo mismo sucede corriendo largas distancias. Somos seres atrofiados que recurrimos a la técnica para obtener cosas que posiblemente conseguiríamos con una racional utilización de nuestros cuerpos desde la niñez.

—Bien, bien, me has convencido, me relajaré, pero voy a sentirme extraña, muy extraña y vulnerable. Espero que no te aproveches de ello; he aceptado vivir una aventura que no desearía que acabara mal.

—Una aventura, como una broma, se sabe cómo empieza pero nunca como termina, de modo que tendrás que correr el riesgo o pedirme que te regrese a tu lujoso apartamento de casi medio millón de dólares.

—Prefiero seguir adelante y creo que es la primera vez en mi vida que tomo una decisión que considero arriesgada. Adelante, por lo menos ya sé que esta noche no voy a una fiesta social donde no menos de tres sujetos se me van a acercar tratando de convencerme para que sea su esposa.

Se rio de sí misma. No podía evitar sentirse algo nerviosa, casi como una niña que escapa del colegio para hacer alguna travesura que puede terminar mal.

CAPÍTULO VII

El “Daymio", aquel potente automóvil de seis ruedas que podía subir y bajar escalinatas si era preciso, sin sufrir percances gracias a su suspensión hidroneumática que elevaba todo el coche por encima de las ruedas, se introdujo por el dédalo de callejuelas del West Side de Manhattan.

Había caído la noche y la gente normal había desaparecido, como si un gran vendaval se los hubiera llevado volando. Los que dormían en las pequeñas urbanizaciones fuera de la ciudad, a treinta o cuarenta millas de distancia, ya se hallaban frente al televisor o en la cama.

Los que vivían en la propia ciudad se encontraban ya seguros dentro de sus apartamentos. Los había que, en grupos y evitando la soledad, iban al teatro, a algún club nocturno o se hallaban metidos en un bar. Nadie mejor que los patrulleros de policía y los médicos de urgencias en los hospitales sabían que había llegado la hora de los lamentos, las horas de la sangre.

Los delincuentes de la noche se habían apoderado de la jungla de asfalto. Resultaba obvio que en las vías principales se podía transitar con algo de seguridad gracias a que en ellas se concentraban más las fuerzas policiales que, pese a todo, trataban de dar un aire de normalidad a Nueva York.

Savage detuvo el coche en una calleja en la que se amontonaban los cubos de basura.

Apagó los faros y paró el motor.

— ¿Hemos llegado? —preguntó Aurore Fletcher con algo de decepción.

—No he dicho de llevarte al parque de atracciones.

— ¿Hemos de bajar?

—Si. A partir de ahora, vas a ver un mundo que te parecerá irreal pero que es el verdadero, un mundo que posiblemente sólo hayas visto en reportajes o fotografías de lo que tú llamas la prensa amarilla.

Había coches estacionados por todas partes, obstruyendo el paso, subidos a las aceras. No había lugar para meter tanto coche; para los habitantes de la zona, debía resultar más indispensable un buen coche que un apartamento digno.

Llegaron ante la puerta de madera de un almacén en apariencia abandonado.

Savage buscó la forma de abrir la puerta y lo consiguió sin dificultad. Los muchachos introducían la hoja de una navaja por la ranura de la puerta; alzaban la hoja y así levantaban el cierre. Savage no llevaba ningún cuchillo y le bastó un cartón plano y duro que metió por la ranura y luego lo elevó.

—Pasa.

—Está oscuro.
—Sí, es como si entraras en una casa de sorpresas.
Se introdujeron y antes de cerrar la puerta, pudieron ver las cajas abandonadas y la puerta que llevaba al sótano. Savage encendió una pequeña linterna e iluminó la puerta. Por ella arribaron a la escalera descendente.
Empujó la puerta que tenía clavadas las planchas aislantes de corcho y quedaron inundados de sonido.
Vieron las luces que colgaban aquí y allá, recibiendo el fluido eléctrico por aquellos cordones que nadie se había preocupado de colocar en una forma estática o segura. Muchachos y muchachas estaban reunidos allí, bailando, hablando, sobándose unos a otros, fumando; hasta era posible percibir el aroma característico de la marihuana.
Aurore tuvo miedo, aquellas caras no inspiraban ninguna confianza. Ojos enrojecidos, bocas entreabiertas; parecían embrutecidos física y espiritualmente.
—Savage, ¿qué antro es éste?
—Son adolescentes sin familia, en su mayor parte.
— ¿Huérfanos?
—Algunos sí lo son, otros, por propia voluntad. Aquí hay chicos fugados de sus hogares de Dakota, Wisconsin, del mismo Nueva York, ¿qué más da? Han huido de un sistema que rechazan, para aceptar esto.
—Que es peor.
—Sí, mucho peor, pero cuando se dan cuenta ya es tarde. Ellos buscan algo diferente y también se hacinan aquí los que no encuentran empleo.
—Es una lástima todo esto. ¿Y las autoridades conocen la existencia de este sitio?
Savage puso en su mano algo que fue moviendo en arco; fotografiaba su entorno sin que nadie se diera cuenta.
—Es posible que lo sepan y éste no es el único lugar —respondió—. Los hay para blancos, portorriqueños, negros, grupos de todas las razas, futuros presidiarios, aunque la mayoría de ellos, de una forma u otra, ya conocen bien los barrotes.
Aurore se acercó mucho a Savage, hasta casi tocarle con su cuerpo debido al miedo que sentía.
— ¿Y por qué has querido traerme aquí?
—Estos muchachos necesitan ayuda, rehabilitación, comprensión.
—Existen organismos que les protegen y ayudan.
— ¿A qué, a convertirlos en lo que no quieren ser? No es eso exactamente lo que necesitan pese a que muchos educadores de tales organismos actúen de buena fe.
— ¿Y qué se puede hacer?
—De momento, lo que pretendo es denunciar a los que embrutecen

todavía más a estos muchachos, a quienes les venden las drogas, que los vician más y más. Aunque revienten, no importa, cada año hay una oleada nueva de jóvenes con el mismo destino. Después, están los que se lucran de los delitos de estos muchachos, los que fomentan que roben y cometan crímenes que más tarde impedirán que se rehagan de alguna forma.

— ¿Y quién puede lucrarse de semejante cosa?

—Eso te lo contaré muy bien cuando lo descubra, es el objetivo principal de mi reportaje.

—No te entiendo.

La pareja era observada por varios pares de ojos. Savage buscó con la mirada a Choppy, sin encontrarlo, y al fin, tres chicos se les acercaron. Su aire era de matones de calle, pendencieros que sabiéndose en grupo se sentían fuertes.

El que avanzaba en primer lugar era Alby; ligeramente detrás, Claxon, y un tercero, más gordo y más alto, les seguía, Savage había visto también al chico largo y seco que intentara acuchillarle en la anterior ocasión y que ahora se hallaba sentado en un sofá junto a una muchacha.

— ¡Hola, Savage! Te has traído compañía, ¿eh? —se rio Alby, mirando a Aurore.

—Sí, es una amiga. Deseaba que viera este lugar.

—Pronto no vamos a caber... ¿Le has contado a la policía que estamos aquí?

—Palabra que no he hablado con ningún policía, últimamente.

— ¡Ja, je! Choppy dijo que te dejáramos tranquilo, que eres amigo suyo, que tú corres con los gastos de su hermano que está enfermo.

—Alby, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, hombre, claro. Los reporteros preguntan y las estrellas respondemos —se rio burlón, dando codazos a sus amigos como para darse importancia.

— ¿De dónde sacáis el dinero para vuestros vicios?

— ¿Vicios; es vicio comer?

Los otros dos se rieron y también lo hicieron quienes pudieron escucharles. Alguien había bajado el volumen de la música.

—Tenéis que pagar la comida, el alcohol, la cerveza, todo lo que compráis, guantes, chaquetas de cuero...

— ¿Y de dónde saca tu amiga pasta para pagarse su chaqueta, haciendo la calle?

Aurore quedó tensa como un palo. Savage se quedó mirando intensamente a Alby y silabeó:

—Muchacho, me das pena. Podría replicarte ahora con otro insulto o con algún golpe que sé que te haría daño, pero prefiero sentir lástima por ti y desear que encuentres tu camino.

— ¿Habéis oído? Bonito, bonito, claro que es bonito... Le doy pena al reportero, posiblemente le damos pena todos.

— ¡Uuuuuuuuuh! —abuchearon todos.

Aurore Fletcher se sentía cada vez más intranquila.

— ¿Nadie quiere responderme de dónde sacáis el dinero para pagaros las drogas? Porque vosotros no robáis cantidades fuertes, cometéis pequeñas raterías que no dan para tanto.

Parecía que Savage los estuviera provocando. Aurore deseaba pedirle que se marcharan, pero no se atrevía a hablar, sentía auténtico miedo.

—Choppy ha dicho que te dejemos en paz; claro que si molestas —advirtió Claxon levantando la chaqueta de cuero para mostrar su pistola en la axila.

Otro del grupo rezongó:

—Dicen que Duck ha desaparecido y que alguien tiene la culpa... Unos matones de la Mafia han venido preguntando por un tipo que tiene mucho pelo, salta como un gato y da golpes de Karate. ¿Eres tú, Savage?

—Imagino que robáis máquinas de fotografiar, televisores, aparatos de radio, *cassettes,* tocadiscos de alta fidelidad, joyas, relojes... ¿No es así?

— ¿Habéis oído, muchachos? ¡Nos ha llamado ladrones!

Chicos y chicas rieron escandalosamente. Alby, un poco transformado en ausencia de Choppy, pues parecía desear hacer méritos ante los demás miembros de aquel grupo marginado, replicó:

—De algo tenemos que comer, ¿no? No hay trabajo para nosotros.

—Si lo buscaseis con interés, posiblemente lo encontraríais —replicó Aurore, indignada, hablando por primera vez.

— ¡Hum! Ya abrió la boquita, y parece francesa —opinó Alby.

— ¡Nos dan trabajo de bestias! —masculló uno.

Otro añadió:

—Antes que pasarme toda la vida como mi padre, dándole un día tras otro martillazos a unos clavos que siempre parecen los mismos, robo un coche y me jeringo contra una pared.

—Hay muchachos que desean una vida distinta como vosotros y fundan granjas o talleres artesanales —observó Savage—. Me parece que lo que ocurre es que tenéis muy pocas ganas de trabajar y de pensar, y que como os pagan bien por lo que hacéis, no queréis cambiar. Cuando algunos se dan cuenta de que ya no son jóvenes, es tarde y se encuentran tras los barrotes de un penal. Cuando salen a la calle, nadie les mira bien.

—Este tipo es un predicador y aquí no queremos sermones de nadie. Si no fueras amigo de Choppy...

Las voces venían de un lado y de otro, airadas. Savage se daba cuenta de que su situación no era muy segura, pero tampoco se trataba de huir. Había ido a aquel antro acompañado de Aurore con una idea concreta.

—Si no os pagaran con dinero fácil lo que robáis, no estaríais aquí tan seguros, tan tranquilos tomando drogas. Os veríais obligados a buscar otra forma para subsistir; lo malo es que os dan dinero por vuestros delitos y mientras vosotros os exponéis a ser detenidos o caer muertos a tiros, otros se benefician del negocio que hacen gracias a vosotros. Sois víctimas y os creéis héroes. Sería bueno que lo entendierais así y que lo mismo que os habéis rebelado contra la sociedad, os rebelarais contra quienes se lucran de vuestra marginación comprando lo que robáis o vendiéndoos drogas.

— ¡Savage!

Se volvió hacia Aurore y vio que el larguirucho al que ridiculizó en la anterior ocasión apoyaba la punta de su brillante navaja contra el cuello femenino. Riéndose, aquel muchacho que sólo buscaba pelea, inquirió:

— ¿Por qué no se quita la cáscara la chica de Savage y así todos podemos verla por dentro? Juzgaremos si tiene buen gusto o no.

Volvió a reírse, hiriente, y halló eco en los demás, a los que la situación debió parecer muy divertida.

—No seas idiota y aparta esa navaja —le ordenó Savage.

Claxon se había situado junto a Savage; empuñó su pistola y apoyó el cañón del arma contra su oreja.

— ¡Qué se quite la cáscara, que se quite la cáscara!

Todos corearon, incluidas las chicas.

— ¡Savage, quiero irme! —suplicó Aurore con la cabeza torcida, amedrentada por el cuchillo.

— ¿Por qué no complacerles? —preguntó Savage, sin inmutarse.

— ¿Quée? —inquirió la joven, aún más asustada.

—Sí, pero que empiecen las chicas de ellos.

— ¡Eso, eso, que pongan música! —gritó Claxon, nervioso y excitado —. ¡Que dos o tres chicas empiecen para que la chica de Savage se anime y aprenda y si no, que la ayuden ellas!

—A mí me parece bien; ¿y a ti, Aurore?

Al preguntar, Savage ladeó la cabeza separando su oreja una pulgada de la pistola que le encañonaba. Fue suficiente para aplicar una *mano espada* en la muñeca armada. La *tegatana* hizo saltar el arma hacia arriba, disparándose. Al mismo tiempo, Savage golpeó con su talón, hacia atrás, en la rodilla de Claxon, haciéndole caer.

El larguirucho Cugy, tras el primer instante de confusión, sujetó a Aurore por el brazo sin dejar de presionar con su navaja en el cuello de la joven.

—Si te acercas, la pincho.

—Tú tienes muchas ganas de pinchar y yo ya estoy harto de tantas amenazas. Parece que con una lección no tienes suficiente; habrá que propinarte un correctivo ejemplar.

Alby quedó indeciso. La fuerte personalidad de Savage se imponía y

todos sabían que Choppy había exigido que le dejaran en paz. Choppy tenía muy malas pulgas y si seguían el juego de Cugy, las cosas podían ponerse feas.

—Ella se quitará la cáscara, se desnudará para que todos la veamos —insistió Cugy.

Savage gruñó:

— ¿Qué pretendes con eso, humillarme a mí?

— ¡Vamos, sujetadle! —gritó Cugy, nervioso—. ¡Ella hará lo que le exijamos!

Savage no quiso mirar el rostro angustiado de Aurore Fletcher. Al mismo tiempo, vio como tres de los chicos, pese a que Alby se hacía a un lado, trataban de sujetarle. Se llevaron una sorpresa.

Kiiiiiiaaaaaaiiiiii...

Pese a llevar navajas, Savage entró en acción con su *kiai* silencioso. Giró, apoyado en la punta del pie izquierdo e increíblemente, propinó tres golpes de Karate al unísono. Una *ashigatana* dio en el costado de uno de los jóvenes que se dobló, cayendo al suelo. Al segundo le aplicó un puñetazo frontal en idéntico lugar que al anterior y al tercero un codazo también en la misma parte pues a los tres los cazó en el mismo sitio. Cayeron, derribados: sin embargo, Savage sabía que no les había golpeado con tanta dureza como a los pistoleros de la calle y que los chicos volverían a levantarse, pero si trataban de insistir, sería más duro con ellos.

Cugy se retiró hacia atrás, siempre protegiéndose con Aurore.

—Si te acercas, la pincho.

— ¡Estúpido, suéltala!

— ¡Sois unos cobardes! —aulló Cugy a sus compinches—. ¿Vais a dejarme solo frente a este buscacamorras?

Uno de los caídos intentó recuperar su navaja. Savage le pisó la mano y recogió él el arma, mascullando:

—Yo también sé utilizar este juguete. Si quisiera, te hacía la raya en el pelo.

— ¿Tú? ¡Un fanfarrón es lo que eres!

—De acuerdo, muchacho. ¿Ves aquel cable eléctrico que cuelga en la pared?

—Sí.

—Fíjate, a ver si tú haces lo mismo.

Savage lanzó la navaja. Ante la sorpresa de todos, con la punta del acero atravesó el cable. Se produjo un chisporroteo y se apagaron todas las luces en medio de una ruidosa confusión de gritos y protestas.

Savage se había acercado a Aurore y Cugy; sabía que la mujer corría un gran riesgo, pues aquel muchacho, sintiéndose acorralado, podía hundir la navaja en la garganta femenina.

Lanzó una *mano espada* rozando, justo, la cintura femenina. Así, se

metió en el vientre de Cugy que dando un grito de dolor cayó hacia atrás. Trató de hundir el acero de su navaja en alguna parte y sólo consiguió clavarlo en el aire.

Aurore se sintió cogida por una mano fuerte que la arrastró; ahogó un grito de miedo.

—No temas, soy yo —le dijo Savage.

Apartó a Aurore hacia una de las paredes en medio de la confusión de gritos y carcajadas. Bruscamente, se hizo la luz, alguno de los muchachos debía entender de electricidad. Al mirarse unos a otros, descubrieron a Choppy en la entrada del antro, con su casco rojo y el águila bicéfala negra sobre el mismo.

— ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

— ¡Ha sido Cugy! —acusó Alby—, ¡Quería pinchar a Savage y a su chica!

— ¡Cugy!

Choppy dio la vuelta rápidamente. Savage, que se hallaba contra una pared, descubrió, de pronto, una puerta, y empujó a Aurore por ella para sacarla de allí. Choppy llegó a lo alto del almacén y escuchó el ruido de un motor. Corrió hacia una enorme motocicleta, era una “Yamaha” quinientos, con grandes espejos retrovisores. La hizo tronar al ponerla en marcha y salió del almacén dándole gas, haciéndola rugir como una bestia herida.

Choppy trataba de alcanzar a Cugy que huía, al Cugy que había desobedecido sus órdenes. Sabiendo muy bien cómo se salía del dédalo de callejuelas, saltó entre cubos y desniveles.

Pudo ver a Cugy escapando a bordo de un coche posiblemente robado aquella misma tarde. Le persiguió como si fuera un motorista de tráfico; Cugy se dio cuenta y aceleró el motor del auto que conducía.

Salieron a la calle 66. La potencia de la motocicleta se puso de manifiesto y pese a que Cugy iba lanzado, Choppy le comía terreno, estaba dándole alcance.

Saltándose semáforos, corriendo innumerables riesgos y sorteando a otros automóviles en la enloquecida persecución, Choppy logró colocarse —al lado de Cugy que intentó hacerle caer con un golpe del coche. Choppy era un hábil cabalgador de la "Yamaha” y siguió adelante mientras sacaba de entre su chaqueta una pistola con la que pretendió encañonar a Cugy. Este, creyendo llegado su momento final, dio un brusco giro de volante para arrollar a Choppy, el cual ladeó la moto, a punto de caer.

Cugy salió torcido, derrapando en el cruce de la Avenida Amsterdam con la calle 42, justo en el momento en que venía un *bus* lanzado, que le cogió de lleno, haciendo volar el coche de Cugy con él dentro. Cruzó la calzada en medio del estrépito de rotura de cristales y retorcimiento de hierros hasta estrellarse contra la base de un poste de señalización.

Allí, ante los ojos de Choppy que lo observaba ya con la moto detenida y a través de la mirilla de su casco rojo, Cugy quedó envuelto en llamas, pereciendo rápidamente.

Choppy se guardó la pistola. Dio la vuelta a su potente “Yamaha” viendo como el conductor del *bus,* con alguna herida en el rostro, se apeaba del vehículo, espantado por lo ocurrido.

CAPÍTULO VIII

Aurore Fletcher, cogida de la mano de Savage, corrió por las húmedas callejuelas con la impresión de que aquellos muchachos, convertidos en delincuentes juveniles, drogados algunos de ellos, la perseguían para humillarla, para abusar de ella, para herirla con sus armas.

No tenía conciencia exacta de por dónde corría; sin embargo, Savage no se perdió y al final arribaron al “Daymio”. Savage la hizo entrar en él, se colocó al volante y puso el motor en marcha. Encendió los faros que iluminaron la calle, haciendo saltar a las ratas, sorprendidas por los haces de luz.

Aurore exhaló un suspiro larguísimo, sintiéndose ya a salvo dentro del auto que conducía su joven amigo.

— ¿Te sientes bien?

—Todavía no respiro tranquila.

—Ya pasó todo.

—Savage...

— ¿Sí?

— ¿Tú sabías lo que iba a pasar?

—Intuía que podía haber problemas, pero no tantos. Lo que ha pasado es que Choppy no estaba.

— ¿Y quién es Choppy?

—Una especie de reyezuelo de esos adolescentes, pero no creas que entre ellos los líderes duran mucho, cambian rápidamente, como los vientos. El hermano de Choppy se muere en una clínica, yo le cuido; bueno, me lo llevaré conmigo.

— ¿Eres familiar suyo?

—No, soy su amigo, tengo amigos espléndidos. Choppy, porque me ocupo de su hermano, me había dado una especie de salvoconducto para circular de noche por estas callejas que son su imperio; una especie de tarjeta de libre circulación como la que me has dado tú para meterme en tus almacenes.

—He pasado verdadero pánico cuando tenía la navaja en el cuello. No sé cómo no me ha dado un ataque histérico y me he puesto a gritar.

—Has sabido controlarte y eso es bueno, muy bueno. Hemos de mantener el control sobre nosotros mismos aun en los momentos más difíciles.

— ¿Siempre estás seguro de ti mismo?

—Trato de estarlo.

Se metieron en la Avenida Amsterdam en dirección Norte, por lo que no pudieron ver lo ocurrido al coche de Cugy, aunque sí oyeron el ulular de la sirena de los bomberos.

— ¿Y si no llegas a poder librarme de ellos?

—Me hubiera sentido responsable de tu *strip-tease*.

— ¡Qué horror!

—Sí, hubiera sido una situación denigrante. ¿Te has desnudado alguna vez delante de alguien?

—Qué preguntas haces, Savage. —y no contestó.

—Me refiero aparte del médico.

—Me niego a contestar —rechazó, molesta—. Tengo la impresión de que pretendías que yo pasara apuros.

—Bueno, quería que les vieras en su verdadero antro, que comprobaras cómo son en realidad.

—Son alimañas, no entiendo cómo no los encierran en la cárcel.

—Esos muchachos han de ser rehabilitados. Admito que algunos no se corregirán jamás, pero otros tienen posibilidades. Individualmente son muy diferentes a como cuando están en grupo, tal como los has visto tú esta noche.

—Yo pensaba que pasaría la noche divertida y me has llevado a un lugar horrible.

—Eso quería que vieras, que es horrible. Muchos de esos jóvenes no llegarán a adultos, morirán en la calle a balazos, a navajazos, en accidentes de automóvil. Otros morirán de septicemias causadas al inyectarse drogas. Una pena y todo, porque consiguen dinero de los que se lucran en ellos.

—No me acabo de creer que alguien se pueda enriquecer a costa de esos delincuentes juveniles.

—Pues los hay y tienen mucha parte de culpa de lo que les pasa a ellos. Esos chicos roban más de lo que supones. No es fácil robar dinero; quien más quien menos lleva pequeñas cantidades encima; suele utilizar la tarjeta de crédito o el talonario de cheques y esos muchachos no son de los que asaltan Bancos. Los cazarían enseguida, porque la policía tampoco se mueve con la misma velocidad cuando asaltan un Banco que ante el atraco a una pequeña tienda de electrodomésticos, una casa de fotografía o a un turista tejano que va luciendo su reloj o algún anillo.

—Me da la impresión de que los justificas.

—No, no los justifico, pero intento encontrar las causas de por qué son lo que son, y trato de hallar a los que se benefician de ellos y fomentan la situación. No voy a dedicarme en esta ocasión, intensamente, a hacer un reportaje sobre las bandas juveniles; lo que hago es un reportaje sobre quienes azuzan a esos jóvenes a robar y les compran luego los objetos robados porque tienen un mercado listo para la reventa.

— ¿Me estás diciendo que hay montado un negocio alrededor de todo lo que roban esos jóvenes?

—Sí, y ése es mi objetivo. He estado haciendo averiguaciones y ¿sabes qué les pagan por un objeto robado?

—No sé. ¿El sesenta por ciento de su valor?

—No. —Savage sonrió sarcástico mientras circulaba sin prisas—. El quince por ciento, si lo que han robado es nuevo.

— ¿El quince? Es una miseria.

—Claro que lo es, por eso es un negocio redondo para los que compran. El diez por ciento si la mercancía tiene algún daño, siempre que sea pequeño, y nada si se ve muy usada al primer golpe de vista. Entonces, los chicos buscan a peristas de poca monta o simplemente conservan los objetos robados o acaban tirándolos en algún basurero. Esos jóvenes quieren dinero rápido para gastarlo en sus vicios, para parecerse el máximo a esos ídolos cuyos *posters* tienen colgados por las paredes. Lo importante es tener, luego, un canal para vender lo que se compra a esos ladrones juveniles que cada vez se hunden más y más en una criminalidad en la que la mayoría de ellos perecerán.

Aurore Fletcher quedó un poco pensativa, como reflexionando. Después, como si se hubieran iluminado sus ideas, volvió el rostro hacia Savage y preguntó:

— ¿Tiene algo que ver todo lo que me has contado con el reportaje que deseas hacer a mis almacenes?

—Al fin te has dado cuenta.

La muchacha dio un respingo y se enderezó en el asiento.

— ¡Para el coche que me bajo! —ordenó, tajante.

—No, no voy a hacerlo. Sola por la noche en Manhattan, se te comerían viva. Te darías cuenta de lo solas que se sienten algunas mujeres que por alguna causa han de estar en la calle por las noches; a las chicas las violan hasta en las estaciones del metro.

— ¡Qué horrible es todo lo que me cuentas; pero me niego a aceptar lo que estás insinuando, es una calumnia, una infamia!

—Te dije que no diría nada concreto hasta tener pruebas. Si me he equivocado, te pediré perdón.

— ¡Pues ya puedes empezar a pedírmelo! ¡Qué tonta he sido! Te has estado burlando de mí, y yo que creía que contigo sería todo como un juego divertido.

—No es ningún juego la vida que llevan esos delincuentes juveniles que se hacinan como perros cimarrones. En cuanto a que me haya burlado de ti, estás equivocada. Sólo quería que vieras con tus propios ojos lo que son esos chicos; que como yo sientas repugnancia hacia quienes les incitan a robar porque les interesa comprar sus botines a precios miserables.

— ¿Me estás acusando a mí de eso? Es horrible, horrible, una infamia.

— ¿Podrías demostrarme que estoy equivocado?

— ¡Claro que sí, yo no tengo nada de lo que roban esos salvajes, nada, nada! ¡Jamás haría una cosa semejante, mis almacenes nada tienen que ver con todo esto!

—Eso podríamos comprobarlo esta misma noche.
— ¿Cómo, esta noche?
—Sí, inspeccionando los almacenes sin clientes ni empleados.
—No puede ser, están cerrados.
—Tú podrías abrirlos. ¿O acaso tienes miedo?
— ¿Miedo? En absoluto, es que yo no tengo la llave y hay un sistema complicadísimo de alarma electrónica antirrobos.
— ¿Por qué no llamas a Clyton y a M. M. Jeffrey para que los cuatro juntos hagamos la inspección?
— ¿Llamarles? Pensarían que estoy loca.
— ¿Es que como propietaria no tienes derecho a hacer una revisión nocturna en tus propios almacenes?
—Está bien —resopló—, mañana podemos registrar el almacén.
—Mañana será tarde,
—Es que hoy no tengo la llave ni los números de teléfono encima.
—Eso es fácil, yo sí los tengo.
— ¿Tú? —se sorprendió.
—Sí, suelo informarme antes de las cosas para estar preparado.
—Estás jugando conmigo como si fuera un ratón y tú un gato.
—En todo caso, una ratita.
—No te burles, no estoy de humor. Todo esto me desagrada, no entiendo cómo he podido caer en tus garras. Pareces tan inofensivo a primera vista...
—No me he puesto ninguna careta, no suelo disfrazarme. Tampoco quería decirte nada hasta comprobarlo, ya te lo he dicho. —Detuvo el coche frente a un *drugstore*—. Entremos, ahí podrás telefonear.
— ¿Y si no quieren venir?
—Los despides, eres la patrona y ésta es una sociedad libre.
— ¿Así de fácil?
— ¿Prefieres seguir ganando dinero con tus almacenes y cerrar la puerta a tu conciencia?
—No, eso no. Ahora ya no podría vivir tranquila con esas sospechas.
—Entonces, no dudes.
Entraron en el *drugstore*. Savage pidió:
—Un whisky con hielo. ¿Tú qué quieres, Aurore?
—Una ginebra con naranjada natural.
—De acuerdo.
Se dirigieron a un rincón discreto y sumido en agradable penumbra para sentarse.
Aurore Fletcher volvió a respirar hondo. Se sentía tan distinta a lo que había sido siempre, que no se reconocía a sí misma. Pantalón tejano, chaqueta de cuero y sola en la noche de Manhattan, acompañada de un desconocido que además pretendía denunciarla. No lo comprendía bien, estaba aturdida.

— ¿Te sientes a gusto?

—No lo sé. Hace un rato tenía una navaja apoyada en mi cuello, he visto su brillo y he tenido mucho miedo, no puedo negarlo.

—Descansa un poco, ya telefonearás luego —le dijo, mientras una música suave inundaba los locales del *drugstore.*

El camarero les trajo lo que habían pedido. Savage aguardó a que ella bebiera y Aurore lo hizo con fruición, como si tuviera necesidad de mucho líquido.

Savage le puso la mano en la nuca, por debajo de los cabellos, y le acarició las cervicales. Aurore no se quejó. Bajó los párpados y aceptó las caricias y también el beso que Savage acopló en sus labios.

Aurore sintió que se relajaba. Lo que antes había pretendido por sí misma lo conseguía ahora, bajo las caricias del extraño reportero que casi le había dicho que iba a hundirla.

—No, no —suplicó apenas sin voz al notar la mano izquierda de Savage sobre su estómago, acariciándolo en círculo, con una ligera presión.

—Tranquilízate, no te acuerdes de nada, relájate. Luego te sentirás mejor, como nueva.¿Has conocido a algún hombre?

—No...

— ¿De modo que todavía eres virgen?

—Sí.

— ¿Te dan miedo los hombres?

—Un poco.

— ¿Y yo?

—Tú eres un hombre.

—Ya lo sé y temes comprobarlo en serio, ¿verdad?

—Sí, me das mucho miedo, mucho. Me siento tan indefensa... ¡Aaah, aaah, aaah...!

Su respiración se hizo anhelante.

Savage continuó besándola, acariciándola con su diestra y con la zurda. Aurore se sabía impotente para escapar a Savage y además se dio cuenta de que no quería huir, sino que en aquellos momentos hubiera deseado encontrarse a solas con él, no sabía dónde, si en una habitación o en una pradera de mullida hierba.

Tuvo la impresión de que iba cayendo del cielo hasta la tierra, como desprendida de una nube alta y solitaria. Sentía que el aire pasaba rápido y se ahogaba, se le secaba el paladar. Tenía como un ligero miedo de estrellarse contra el suelo y cada vez se veía más y más cerca de la tierra. Entonces aparecieron los cables de un tendido eléctrico y bajó las manos, se agarró para evitar estrellarse y sintió cómo era convulsionada por el fluido eléctrico.

No le desagradó, sino que le gustó que se prolongara porque hacía vibrar y estremecer todo su cuerpo. Al fin, exhausta, se soltó y la caída

fue sobre un tupido manto de hierba. Se sintió bien, muy bien, extenuadamente bien…

* * *

Clyton se mostraba preocupado y a duras penas contenía su irritación mientras respondía al teléfono desde la propia cama.

—Pero, señorita Fletcher, ¿a estas horas? Espere a mañana.

—No, ha de ser ahora.

—Es que estoy durmiendo a casi cuarenta millas de distancia —protestó Clyton.

—En una hora puede estar en la puerta del almacén, allí le estaré esperando. Quiero inspeccionarlo, Clyton.

—Pero ¿por qué?

—Tengo conmigo a un reportero que asegura cosas extrañas sobre la venta de objetos producto de robos.

— ¿Cómo?

—Se lo explicaré mejor cuando llegue.

—Aguarde, señorita Fletcher… Lo que hace falta es un abogado y ponerle una denuncia por calumnia a ese reportero. Lo que usted dice puede hacer mucho daño a la reputación de los Yellow Shop Center.

—Lo sé muy bien, por ello quiero cerciorarme de que lo que dice no es verdad. Ahora mismo llamaré a M. M. Jeffrey y se lo diré también.

—Pero…

Aurore colgó. Había dado una orden precisa y no admitía réplicas. No era su forma habitual de mandar, pero aquella noche se mostraba dura, tajante y expeditiva.

Clyton se sentó en el borde de la cama. A su lado dormía su esposa que apestaba a alcohol. Tenía dos vicios principales: Lucir joyas y tragar alcohol como si su estómago fuera una esponja insaciable. Y Clyton tenía que mantener ambos vicios.

Aurore realizó otra llamada. M. M. Jeffrey era muy distinto a Clyton; alto, elegante, más fornido y luciendo una abundante cabellera, era un hombre muy seguro de sí, soltero y que vivía en un cómodo apartamento.

M. M, Jeffrey había tratado de salir con Aurore, pero ésta le había marcado distancias, pues al ambicioso sujeto se le veían venir las intenciones.

— ¿Sí?

—Soy Aurore Fletcher.

— ¡Ah, hola, señorita Fletcher! ¿Sucede algo malo?

—Dentro de una hora quiero verle con las llaves del almacén en la puerta de los mismos.

— ¿Las llaves ahora; por qué, qué ocurre?

—Vamos a hacer una inspección.
— ¿Los dos solos?
—No, Clyton también estará y un reportero amigo mío.
—Ya, Savage, el de la tarjetita de libre circulación.
—Exacto.
—Creo que hizo mal al darle esa tarjeta; los periodistas que buscan el escándalo como ese individuo son peligrosos.
— ¿Peligrosos? Cuando las cuentas son justas y limpias, ¿por qué?
—Siempre hay "peros" ignorados que ellos buscan, incluso las protestas de los empleados, los incitan a la huelga, ya sabe.
—No sé nada, M. M. Jeffrey. Sólo quiero que esté en el almacén dentro de una hora, allí nos encontraremos.
—Pero ¿qué quiere buscar con la inspección?
—Ya se lo explicaré. No perdamos más tiempo hablando por teléfono —le cortó tajante. Al otro lado de la línea. M. M. Jeffrey quedó desconcertado con el teléfono en la mano, mirándolo como si escrutándolo pudiera llegar a adivinar lo que se tramaba al otro lado del hilo. Luego colgó y a continuación marcó él un número.

CAPÍTULO IX

Aurore consultó su pequeño reloj al pie de la entrada principal de los almacenes de los que era propietaria. El garaje que había junto al almacén también se hallaba cerrado.
A su lado estaba Moses Pacific Savage con una cámara fotográfica provista de *flash* colgada del cuello y descansando sobre su amplio tórax.
—Ahí viene un coche —indicó Aurore clavando sus pupilas en los faros que se acercaban y que, al fin, se detuvieron.
Clyton, cubriendo su pronunciada calvicie con un sombrero, era el conductor del "Chrysler". A su lado iba M. M. Jeffrey que saltó inmediatamente a la acera. Observó a Aurore que cubría su cuerpo con el abrigo oscuro.
— ¡Hola, señorita Fletcher! Clyton ha pasado a recogerme, y hemos venido juntos.
Clyton, tras colocar el freno de mano, también se apeó del coche y bufó, antes de farfullar:
—Vaya horas para citarse.
—Les presento a Moses P. Savage, es reportero *free-lance*.
Los hombres no se dieron la mano. Clyton y M. M. Jeffrey observaron con manifiesto recelo al periodista que llevaba fleco sobre la frente y el

cabello largo sobre la nuca, al estilo oriental.

—Creo que debió consultar antes con nosotros, señorita Fletcher. Este hombre puede haber sido enviado por la competencia para crearnos problemas.

—Si tenía pase de libre circulación, ¿por qué no esperaba a mañana? —gruñó M. M. Jeffrey.

—Porque de día se disimulan muchas cosas —replicó el propio Savage, dispuesto a seguir adelante.

—Quiero que le demostremos que está equivocado, que su información es errónea.

—Pero, realmente, ¿qué es lo que busca? —inquirió M. M. Jeffrey.

—Alguien me ha contado que un furgón de estos almacenes recoge material robado.

Después, todos quedaremos tranquilos.

— ¿Y quién nos asegura que este reportero dice la verdad? Yo no me fío de él — refunfuñó Clyton.

—Acabemos pronto, ya es madrugada —observó Aurore, tratando de dominar a sus altos ejecutivos, el director y el gerente de los almacenes. M. M. Jeffrey sacó una llave e indicó:

—Entraremos por el garaje y así desconectaremos todo el sistema de alarma.

Abrieron una pequeña puerta del garaje. Allí había varias furgonetas y dos camiones con el nombre de los almacenes. Savage se fijó en una de las furgonetas a la escasa luz del recinto y preguntó:

— ¿Por qué este furgón no lleva el nombre de los almacenes?

Todos quedaron perplejos, como si la pregunta de Savage fuera insólita y hasta estúpida.

—Quizá esté recién pintado por alguna causa —arguyó Clyton encogiéndose de hombros, quitándole importancia.

Savage se acercó al vehículo. Lo observó con atención y opinó después:

—No está recién pintado, simplemente no lleva las letras de los almacenes.

Aurore Fletcher, sin moverse de donde estaba, alzando la voz preguntó:

— ¿Tiene importancia ese detalle?

—Puede tenerla. El material que roban los delincuentes juveniles se lo llevan en un furgón sin rótulos.

—Señorita Fletcher, ¿hemos de soportar todo lo que dice este hombre? —inquirió M. M. Jeffrey, muy molesto.

Se produjo un relampagueo. Savage había tomado una fotografía al furgón y luego dijo:

—Siempre se podrá comprobar si el furgón es éste o no.

Clyton se colocó frente a Savage cuando éste trataba de acercarse a

Aurore y le acusó, furioso.

— ¡Es usted un cínico! ¡Nos está diciendo que somos cómplices de ladrones y, encima, pretende que le sigamos el juego!

—Así es. Si estoy equivocado ya le he dicho a la patrona que le pediré perdón por mi error —replicó Savage, casi sonriente.

— ¡Esto es inaudito! —barbotó Clyton, enfrentándose con Aurore—. ¿Cómo ha conseguido este hombre embaucarla de semejante manera?

—Muy fácil, Clyton, viene con una acusación y yo quiero demostrarle que está equivocado.

—Si no están de acuerdo, ¿por qué no le presentan la dimisión a la señorita Fletcher? —rezongó M. P. Savage, sabiendo que con sus palabras los fastidiaba más de lo que ya estaban.

Ni Clyton ni M. M. Jeffrey replicaron; ambos tragaron quina y este último introdujo sus llaves para abrir la puerta y al mismo tiempo desconectar todo el aparato de alarma que protegía los Yellow Shop Center.

Al fin se abrió la puerta que, pese a no parecerlo, era la más reforzada de todas, ya que en ella iba implícita la desconexión del sistema de alarma. Podía ser mucho más fácil entrar en los almacenes para robar reventando una de las persianas metálicas que protegían los escaparates y después romper un cristal para saltar al interior, mas aquella forma de entrar ocasionaría el disparo automático del dispositivo de alarma.

— ¿Qué luz enciendo? —inquirió M. M. Jeffrey.

—Las luces piloto serán suficientes —opinó el propio Savage.

— ¿Qué dice usted, señorita Fletcher? —De acuerdo.

M. M. Jeffrey se acercó a un armario disimulado y lo abrió con las llaves que llevaba. Dentro se encontraba una batería de interruptores eléctricos. Conectó una palanca y se encendieron luces piloto en todo el almacén, suficientes para desplazarse de un lugar a otro, sin tropezar.

—Bien, ahora ¿qué hacemos aquí? ¿Trae alguna lista con las referencias de los objetos robados para poder hacer comprobaciones? —preguntó Clyton.

—No —replicó Savage.

— ¿Cómo descubrirá lo que dice?

—Me interesaría revisar el almacén; yo ya veré qué es lo que puedo encontrar.

—Me parece una chiquillada —mascculló Clyton.

Aurore, dispuesta a secundar a Savage, ordenó:

—Sigámosle, tenemos tiempo hasta la hora en que aparezcan los empleados.

— ¿Por dónde empezamos? —inquirió M. M. Jeffrey con un gruñido.

— ¿Cuántas plantas superiores pertenecen a los Yellow? —preguntó Savage. La propia Aurore aclaró:

—Dos.

—Sí, una dedicada a administración, rotulación, distribución y recepción, y la otra a dirección y presidencia —explicó M. M. Jeffrey.

—Entonces quiero ir abajo, donde guardan los productos que van recibiendo. —Eso está en el sótano tercero —señaló Clyton—, Es un sótano muy bien preparado para evitar incendios y también antihumedad para que no se estropee el género almacenado que queda a la espera de ser distribuido por las diferentes plantas de venta.

— ¿Qué te parece, vamos abajo? —preguntó Savage a la muchacha.

—Sí, vamos.

M. M. Jeffrey puntualizó:

—Por la escalera; los ascensores están sin fluido eléctrico.

Gracias a las luces piloto repartidas por todo el almacén, incluidos los sótanos, descendieron a la primera planta subterránea, luego a la segunda, que quedaban abiertas al público. Después, tuvieron que abrir una puerta metálica tapizada con plástico. Los pasos de los cuatro hallaban ecos en el almacén vacío.

En el tercer sótano, no abierto al público, ya no existía colorido ni rótulos colgando, reclamando la atención de los compradores. Todo era más austero. Estanterías metálicas iban desde el suelo al techo y bien ordenadas, innumerables cajas de cartón conteniendo los géneros que el comercio ofrecía a sus compradores. Las estanterías resultaban largas, inmensas, cruzaban el amplísimo sótano de parte a parte dejando entre estantería y estantería pasillos angostos.

—Será difícil meterse por aquí cargado —opinó Savage.

—El espacio es oro aquí —observó Clyton. M. M. Jeffrey añadió:

—Hay que guardar el máximo de género en el mínimo espacio. Cuando se compra en cantidad se obtienen mayores descuentos.

— ¿Los almacenes no poseen algún local, en otra parte, para guardar género? — preguntó Savage.

Aurore miró a Clyton y éste respondió:

—Antes existía ese local, pero el alquiler fue en aumento y al final resultaba ruinoso tenerlo rentado. Después de todo, algunos géneros no es bueno comprarlos en exceso, pues al año siguiente han pasado de moda. Compramos lo estricto, pero vendemos mucho; en realidad, este sótano que sirve de almacén tiene movimiento diario, no es una cosa estática.

—Los empleados del almacén —añadió Aurore— terminan su jornada laboral dos horas más tarde que el personal dependiente.

—Sí, imagino que sobrarán cajas de cartón, bolsas de plástico que habrá que ir retirando.

—Ya tenemos quien recoge a diario todo el cartonaje y el plástico sobrante — puntualizó M. M. Jeffrey.

M. P. Savage tomó un par de fotografías que hicieron fruncir el ceño a Clyton y a M. M. Jeffrey. Luego, se introdujo entre las casi asfixiantes

estanterías repletas. Aurore le siguió y tras ellos caminaron los dos ejecutivos de los Yellow Shop Center.

— ¿Qué espera encontrar? —inquirió Clyton.

—No lo sé todavía —contestó Savage, sin molestarse ni demostrar impaciencia, como quien tiene tiempo sobrado para realizar su trabajo.

Savage anduvo a lo largo y a lo ancho del sótano, sin coger ni tocar nada. Al fin, se detuvo.

— ¿Convencido? —preguntó Clyton, que seguía con las manos dentro de los bolsillos del ligero abrigo que vestía.

—No, ahora menos que antes.

— ¿Por qué? —preguntó Aurore.

—Porqué acabo de comprobar algo que no encaja.

— ¿Y qué es? —inquirió M. M. Jeffrey, pretendiendo ser divertido.

—Este sótano no tiene las mismas medidas que las plantas superiores.

— ¿Qué estupidez está diciendo? —gruñó Clyton tratando de sonreír sin conseguirlo.

—Hasta ahora, que yo sepa, los edificios, y más siendo almacenes, no se construyen más estrechos en la base que en la parte superior; no se sostendrían bien. Acabo de medir a pasos este sótano y sé los pasos que tienen las plantas superiores porque las medí la última vez que anduve por ellas. Recuerdo que una planta era exactamente igual a otra, por lo que cabe deducir que a este sótano le falta superficie. Está muy bien aprovechado, lo admito, pero le falta espacio.

— ¿Es cierto lo que dice? —preguntó Aurore a sus empleados.

—No estoy al corriente, será un error suyo al contar los pasos. Cuando hay que contar pasos sorteando obstáculos, ya se sabe, no salen los mismos.

—No me he equivocado y faltan cinco pasos de fondo —puntualizó Savage—, Si contamos cinco por todo lo largo del sótano, es decir, lo que puede constituir fachada, falta mucha superficie.

—Mañana pediremos los planos y los revisaremos, será una equivocación —gruñó Clyton, añadiendo—: Si es que usted, señorita Fletcher, insiste en que le sigamos el juego a este entremetido. Lo que sucede es que no ha hallado nada que sostenga su calumnia y sale con esta tontería de los pasos.

Un poco decepcionada, como si hubiera confiado plenamente en Savage desde las últimas casi dos horas, Aurore dijo:

—De acuerdo, Savage, buscaremos los píanos. Si ya no tenemos nada más que hacer aquí...

—No, aún no he terminado —objetó Savage, que se puso en marcha de nuevo.

Los demás le siguieron. Clyton farfullaba por lo bajo aunque apenas se entendía lo que decía. Savage llegó frente a una pared que iba de lado a lado, frente a donde terminaban las estanterías. La observó con mucho

detenimiento, como buscando algo y M. M. Jeffrey le preguntó sarcástico:

— ¿Hay algo en esa pared?

—No, precisamente no hay nada, ni tuberías ni cables eléctricos, nada salvo esas taquillas de vestuario. ¿No les parece un poco extraño?

—Pues, no —respondió Clyton—. Deben ser las taquillas particulares de los empleados.

M. P. Savage se acercó a las taquillas metálicas y pasó por delante de ellas, observándolas de cerca. Cada una tenía un asa niquelada y una cerradura, había una docena. Savage se detuvo frente a una concreta y preguntó:

— ¿Pueden abrir ésta?

—No —replicó M. M. Jeffrey—. Las taquillas son propiedad privada de los empleados que las utilizan.

—Pues a mí me gustaría abrir ésta precisamente.

— ¿Por qué ésa, Savage? —inquirió Aurore.

—Fíjate en la manecilla, está usada, ¿verdad? Se nota en el rozamiento de la pintura de la plancha. En cambio, la manecilla de la taquilla de al lado no tiene rozaduras; es como si no se utilizara nunca.

—Oiga, usted ve fantasmas donde no los hay —gruñó Clyton.

Savage se retiró e hizo una fotografía de las taquillas, siempre utilizando el *flash.* Se acercó a Aurore y preguntó:

— ¿Me das permiso como propietaria para abrir esa taquilla?

—Pues, no sé, si pertenece a un empleado no tengo derecho.

—Si puedes creer en mi intuición te diré que esa taquilla no pertenece a ningún empleado. ¿Me das tu permiso? —insistió Savage.

—Sí.

— ¡Señorita Fletcher, este hombre está abusando de la credulidad de usted! —protestó M. M. Jeffrey, con viveza.

Savage asió la puerta por la manecilla. Se concentró, semicerrando los ojos. Permaneció unos instantes de esta forma y después dio un seco y fortísimo tirón.

La plancha metálica se rasgó como si fuera de cartón y la puerta se abrió, pero no sola, pues con la puerta de la taquilla de al lado formaban una única puerta que dio acceso a otra dependencia,

—Mira, Aurore, ahí dentro existe otro almacén...

—Sí, hay otro almacén. Levante las manos, Savage —le ordenó Clyton, que ya sostenía una pistola entre sus manos con la que le encañonaba. Por su parte, M. M. Jeffrey también hizo aparecer un revólver de cañón corto.

—Se ha puesto pesado hasta que se ha salido con la suya, ¿eh?

— ¿Qué significa esto? —interrogó la muchacha, atónita.

—Lo que te conté, Aurore. Estos tipos no son los propietarios del almacén, pero se han estado aprovechando particularmente de él para

sus turbios manejos. Compran el material robado y utilizan este lugar como almacén propio. ¿Lo tenían montado desde antes de que la señorita Fletcher se hiciera cargo del negocio?

Fue M. M. Jeffrey quien respondió:

—Sí, el padre de la señorita Fletcher, en los últimos tiempos, apenas se acercaba por aquí. Clyton y yo recibimos generosas ofertas y decidimos aceptarlas.

— ¿Qué clase de ofertas? —preguntó Aurore, indignada.

—Pues las de preparar partidas de artículos diversos, todos americanos, que cuando llega el momento oportuno son llevados a un barco mercante que los transporta a Sudamérica donde se venden a precios más ajustados que los objetos que cruzan la frontera legalmente.

— ¡Son ustedes unos canallas! —acusó Aurore.

—Vamos, adentro —ordenó Clyton, obligándoles a traspasar la puerta camuflada.

Al otro lado se encontraron al guardaespaldas que solía proteger a Aurore cuando entraba en el almacén.

—Hicimos levantar la pared y aislar este pequeño almacén propio que llenamos con lo que compramos a bajo precio. Si lo roban, no es asunto nuestro.

— ¡Lo que hacen con su labor es fomentar la delincuencia juvenil! —recriminó Savage.

Despreciativo, M. M. Jeffrey silabeó:

—Esos muchachos son fieras.

—No serían tan fieras si la sociedad no tuviera tipos como ustedes. Por cierto, ya veo que tienen cajas y bolsas adecuadas para todo el material.

—No es fácil —explicó Clyton—. Sólo aceptamos género de las mismas marcas y modelos de los que vendemos en los Yellow. De esta forma podemos reclamar a los proveedores más cajas y bolsas de embalaje e incluso piezas de recambio, pues algunos objetos, vienen con golpes y rozaduras. Aquí tenemos un pequeño taller de reparaciones —señaló una larga mesa repleta de útiles de todas clases, especialmente electrónicos—, que deja cualquier aparato como nuevo. Pintamos incluso, si hace falta; eso se suele hacer con las máquinas de escribir robadas, primero una limpieza a fondo y luego un repintado para que queden flamantes.

— ¡Qué canallada! —exclamó Aurore—, Y precisamente ustedes, los hombres en quienes confiaba plenamente y que además cobran suculentos salarios.

—Admito que los salarios no están mal —prosiguió M. M, Jeffrey—, pero éste es un negocio adicional que nos reporta más beneficios que el propio salario. ¿No es cierto, Clyton?

—Sí, esos muchachos se afanan en limpiar tienduchas, casas, coches,

de todo, y cuando tenemos este almacén repleto, efectuamos la venta a quien se encarga de distribuir la mercancía por los países latinoamericanos donde no se preocupan tanto de revisar las matrículas de fabricación de los objetos comprados. El negocio está bien montado y funciona a la perfección.

— ¿Qué te parece, Aurore; tenía o no razón al sospechar?

—Desgraciadamente, sí, Savage. Jamás lo hubiera supuesto y comprendo tu indignación; si esos chicos no tuvieran a quien vender lo que roban, no se preocuparían tanto de robar.

—Sí, y tampoco tendrían dinero para pagar a quienes les vician con las malditas drogas. Esto es exactamente lo que quería denunciar. Las navajas brillan en la noche porque individuos supuestamente honorables como éstos las hacen brillar, y luego no quieren saber nada si la sangre corre; sea de uno de esos muchachos o de sus víctimas.

Moses P. Savage disparó su *flash* en aquel momento a la cara del gorila, fotografiándolo al tiempo que se apartaba de la línea de tiro de Clyton que, asustado, disparó su arma.

—¡¡Aggg!! —se escuchó.

Jeffrey se agarró a una de las mesas, herido por la bala de su socio, y el revólver escapó de entre sus dedos.

Savage metió un codazo en el hígado de Clyton y luego le aplicó un *ipponken* con el nudillo del dedo corazón diestro, entre las cejas. Aquel tipo se desplomó como un fardo.

— ¡Cuidado, Savage! —gritó Aurore.

Savage no quería perder la cámara fotográfica, mas el guardaespaldas se le venía encima y sus puños, en los que habían confiado Clyton y M. M, Jeffrey, eran de temer.

El gorila disparó uno de sus puños buscando el rostro de Savage. Este, con la espalda bien recta, levantó el brazo derecho con un movimiento del antebrazo en torsión y hacia arriba. Concentró el bloqueo por encima de su cabeza y el eficaz *Jodan-Uke* hizo que el guardaespaldas sintiera crujir los huesos de sus dedos en aquel choque contra el puño de Savage, cuando parecía que el *karateka* iba a tener las de perder.

Casi simultáneamente, Savage disparó una *ashigatana* al bajo vientre y el matón supo del intenso dolor de un puntapié en el escroto. Luego, un perfecto *uraken* en la sien lo tumbó, cuando obviamente no era fácil derribar a aquel energúmeno.

—Bien, ya está —dijo Savage, respirando profundamente—. No toques las pistolas, las apartaremos con los pies. —Y procedió a retirarlas con el canto de su zapato para no dejar huellas.

— ¡Savage, qué infantil y qué estúpida he sido!

—Esto te servirá de lección y, en adelante, llevarás mejor por ti misma el almacén. Mientras yo vigilo a éstos, sal a la calle; sólo tienes que levantar la mano y se acercarán dos amigos míos que estaban

vigilando por si los necesitaba. Uno, pequeño, traerá una cámara para filmar todo esto, es Juanito; el otro es un japonés. Confío no te importará que siga adelante con mi reportaje, aunque es posible que perjudique un poco la buena imagen de tus almacenes.

—No me importa, si estos hombres van a presidio.

—Estaba seguro de que reaccionarías así, Aurore. Luego, llama tú misma a la policía y denuncia lo ocurrido. Tu nombre quedará a salvo y es posible que el de los almacenes también, si se publica que has sido tú quien ha puesto a disposición judicial a los empleados desleales que han abusado de tu confianza para montar su criminal negocio. —Sí, será lo mejor —aceptó—. Pero ¿y luego?

— ¿Luego?

—Sí, podrías quedarte aquí, conmigo, me ayudarías a llevar el Yellow Shop Center. Creo, creo que tú y yo nos entenderíamos —casi suplicó, buscando, trémula, los labios del hombre que ya conocía bien.

Savage la besó mientras el guardaespaldas trataba de incorporarse, lo que le valió una patada en el mentón; la *ushiro-fumikomi* le tumbó de nuevo.

—No puedo quedarme contigo, Aurore; debo llevar a un amigo de viaje, un viaje muy largo del que ya no se puede regresar.

EPILOGO

La *Piper jet Spirit of Samurai* tomó tierra en el aeropuerto de Liberty Garden bajo un espléndido sol. Las cortinillas de los pasajeros, como siempre, estaban corridas para que no pudieran conocer el emplazamiento de aquel lugar, escondido del resto del mundo para no correr el riesgo de ser destruido. Allí, jóvenes escogidos por Savage se convertían en perfectos *budokas* seguidores de la línea en pro de un hombre mejor que tenía Savage, fundador de Liberty Garden.

Muchachos de ambos sexos fueron a recibir el pequeño avión pilotado por Savage del que primero se apeó Ricky.

En una camilla descendieron a Leonard que esbozó una tibia sonrisa al hallarse nuevamente en el lugar que había escogido para morir. Tras él bajó Choppy que se quedó mirando a aquellos jóvenes. Junto a él, Savage le dijo:

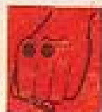
—Leonard fue feliz aquí, por eso ha querido morir entre sus amigos.

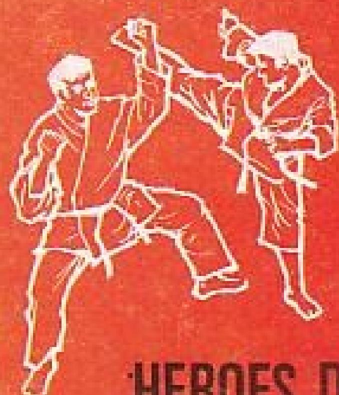
Puedes quedarte todo el tiempo que desees, la pandilla a la que pertenecías ha sido disgregada por el departamento social de Nueva York. Si cuando Leonard haya muerto deseas regresar a tu mundo, me lo harás saber y yo te llevaré de nuevo a él.

—Gracias —articuló Choppy, que sostenía en su mano el casco de motorista rojo con el águila bicéfala negra en él. Lo hizo balancear y luego lo arrojó al suelo, rodando sobre la hierba como algo inútil. Echó a andar tras la camilla en la que los jóvenes *budokas* de Liberty Garden se llevaban a su hermano.

Moses P. Savage se había quedado junto al avión; tenía poco tiempo. Otro caso que denunciar le aguardaba muy lejos de aquel lugar de paz.

FIN





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.



¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.



APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España